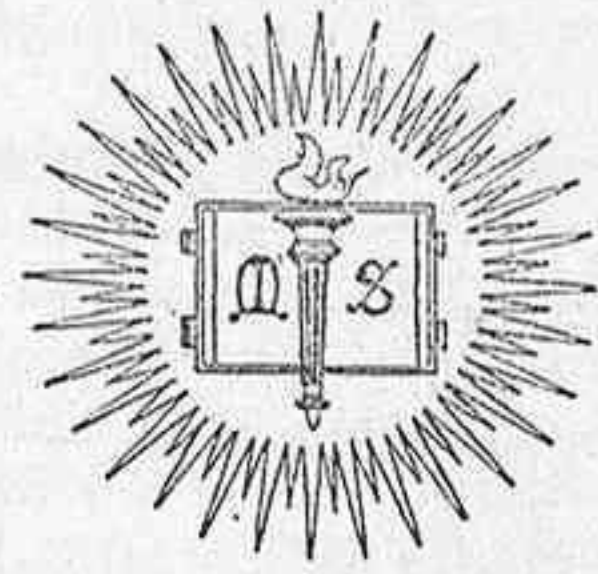


# Ilustración Artística



Año XXII

BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE DE 1903

Núm. 1.143



Grupo en bronce que forma parte del monumento que se erige en Portugaleta á D. Victor Chávarri, obra del distinguido escultor Miguel Blay, fundido en los talleres de los Sres. Masiera y Campins, de Barcelona



## HOMENAJE AL POETA

## D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego vigésimo quinto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *De la vida*, por Rafael Ruiz López. — *La casa del duende (Leyenda tradicional)*, por E. Rodríguez-Solís. — *Custodia portátil construida por los Sres. Masriera hermanos.* — *Amor y ciencia*, por Juan Toral. — *Nuestros grabados.* — *Noticias de teatros.* — *Crimen de niño*, novela corta, por Albérich-Chabrol, con ilustraciones de Simont. — *Automovilismo.* — *Aparente colisión de tranvías.* — *Los alimentos y el progreso.* — *Efectos de un rayo.* — *Casa giratoria.*  
**Grabados.** — *Grupo en bronce del monumento á D. Víctor Chávarri en Portugal.* — *Busto en bronce de Víctor Chávarri*, obras de Miguel Blay. — Dibujo de Passos que ilustra el artículo *De la vida.* — *En el calabozo*, cuadro de J. N. Sylvestre. — *Custodia portátil construida por los Sres. Masriera hermanos.* — *Coquelín (ainé).* — *María Grudic.* — *Francisco Viñas.* — *Concepción Dahlander.* — *Nestor de la Torre.* — *Torres de Luna.* — *En la fuente*, cuadro de Augusto Corelli. — *San Emérico*, cuadro de L. Hegedüs. — *Placa regalada al Dr. Estrada en la Habana*, obra de Agapito Vallmitjana. — *Montevideo. La catástrofe de la cañonera «General Rivera.»* — El capitán Deasy subiendo por el ferrocarril de cremallera en un automóvil Martini. — Mr. Letts subiendo y bajando las escaleras del Palacio de cristal de Londres en un automóvil Olds. — Aparente colisión de tranvías. — Los efectos de un rayo. — Casa giratoria.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Palabra que no soy de esos escritores que no pueden aguantar las direcciones nuevas en literatura. La única condición que les pongo, para acogerlas sin prevención alguna, es que produzcan cosas relativamente bellas. No digo obras maestras: sería pedir cotufas en el golfo. Con belleza relativa me contento.

Pero ¿es culpa mía si á las primeras de cambio, en libros que tienen la pretensión de renovar las fórmulas y los procedimientos de la literatura, doy con frases, giros y palabras que carecen de sentido ó que son puros dislates?

Yo presumo, yo infero aproximadamente lo que ha querido significar el autor cuando suelta esos períodos más oscuros que boca de lobo; sólo que, al inferirlo, se me ocurren cien maneras de decir lo mismo en castellano. ¿Por qué no emplean una de las cien?

¿Creen acaso los que así escriben que se puede violentar y descoyuntar un idioma, no para darle la flexibilidad y agilidad que poseen los acróbatas avezados desde niños á ejercicios asombrosos, sino para quebrarle el espinazo, sacarle joroba y hacerle nacer berrugas? ¿Imaginan que la estructura de una lengua se modifica al capicho de un literato, más ó menos culto, enfunchado en el gabinete? Si sospechase la filología, sus leyes orgánicas, su proceso evolutivo; si supiesen cómo los idiomas realizan su desenvolvimiento, se reirían de sí propios, de sus juegos de niños y de bobalicones. No son sus antojos y balbuceos pueriles; es la ciencia por un lado, por otro la historia, por otro el verdor pintoresco del lenguaje popular, quienes renuevan los idiomas insensiblemente. El carpintero que cepilla sus tablas ó jornalero que cava su huerta, cepillan más firme y cavan más hondo en la transformación del castellano, que los neo gongoristas y cultiparlantes con su alarde perpetuo de sensibilidad artística y sus imágenes y comparaciones traídas por el último pelo de la trenza.

No gusto de molestar á nadie si puedo evitarlo; omitiré nombres de autores y títulos de libros, y presentaré al cuerdo lector un mosaico de frases que tal vez le divierta, entresacándolas de aquí y de allí y mezclándolas y clasificándolas para mayor disimulo (aunque pecados impresos no parezcan fáciles de disimular).

*Señas personales.* — Labios anaranjados y flameantes de deseo. Cabellos de sombra fosforescente. Mejillas aurales fugaceadas de lividez espectral. Dentadura mórbida (*sic*). Piernas dianescas de una carnación que marfilea sobre los gazones. El emerger del seno tras bastiones de gasas irradiantes. La garganta (léase el seno también, pues del francés *gorge* hacen garganta sin más ni más) amazónica, agatina en sus tornasoleos. Vientre moldeado por la forma inquietante de un ánfora desenterrada en

Tanagra (no vale desenterrarla en Alcorcón). Manos palidecidas y húmedas de maceración en aromas, cual las de las castellanas al acariciar blondas guedejas de paje que se arrodilla ante ellas para beber tempranas febricitaciones. — Fúseos dedos, ensortijados al mismo borde del pétalo róseo de la uñita. — Los pies de una ninfa vistos al transparecer del agua tremolante... (Y compongan ustedes, con tales rasgos, el retrato.)

*Floricultura.* — Los claveles cruentos plasmaban el alma salvaje de Iberia. — Orquídeas de una aristocracia desdeñosa, ducales y enderezadas en su aislamiento de las plebeyas manos. El desfleque tierno de las crisantemas, remolinadas como pliegues hieráticos de túnicas de musmés. (Esto se llama decir exactamente lo contrario de lo que uno se propone.) Me tendió una tulipa de esmaltes rojos, recordando viejas pinturas flamencas netas y secas, de precisión desesperadora. Langoroso y trastornado, lujurioso y nostálgico, el perfume de las pavonias (se advierte que las pavonias no huelen á nada) me llevaba hacia orillas perdidas en la bruma y valles de misterio azul, en la tarde muriente. Blancuras de lirios (confunden siempre el lirio con la azucena, que es el *lys* francés) se esfumaban levemente refractando candores aún inmarcitos por las ironías de la existencia macabra. Hollábamos en la pradería los asfodelos ponzoñosos, las cicutas cerúleas, las jusquiamas y los umbríos agáricos. (El autor, aunque parezca mentira, en ningún prado ha puesto los pies)

Y me detengo. No espigo más. Prescindo del antifonario del gorjear de los ruiseñores; del turbido incensario de los jardines; del cristal enfermo; del canto de los pájaros que estruja las ramas; del ósculo del disco; de los polífonos bostezos que emana la onda en vaho fumiforme que elabora á la nébula errante; de los besos de terciopelo; del encarrujamiento de cristales; de los corales ignívomos; de los ojos faunáticos; del uror del follaje en los pensiles; de la occidua luminaria y de los desfallecimientos verde y rosa... No; no me detendré ni ante las fúlgidas eclosiones de aurora, ni en las emociones de luz carmíneas, ni...

¡Oh Quevedo! ¡Por tu vida! ¿En qué alfiletero modernista se guarda la aguja de navegar cultos?

Es una cosa que la hace el demonio: casi todo lo que puede decirse en forma natural, y aun en forma bastante rebuscada, está dicho; han brillado miles de poetas; han agotado quizás los extensos criaderos del sentimiento y de la fantasía; la esterilidad poética del momento presente no cabe negarla. No sabemos lo que el porvenir traerá: actualmente parece dormir la Musa. Y así, de la desesperación de la impotencia, surgen estas escuelas dislocadas, que retuercen el pensamiento y torturan la forma.

Los que hoy nos marean con Botticelli, la misa negra, el divino marqués de Sade, lo inquietante y lo sugerente, hace trescientos años escribirían sonetos con estrambote, hace cien madrigales á lo Meléndez y hace sesenta no nos dejarían vivir con el lago sereno, el bulto vestido de negro capuz, la serenata en Venecia y la mora prisionera en el castillo. Hasta puede que escribiesen historias trágicas por el estilo de *Elisa y Teodoro* ó *el Judío bienhechor*. Y eso no es literatura, sino, como dice Lemonnier, «viento en los molinos.»

Un ministro se ha suicidado en Italia. He oído afirmar que el gozo de ser ministro es tan vivo y tan saludable, que sólo por raro caso se muere un ministro en el ejercicio de su cargo. Muerte voluntaria, más rara todavía. El suicidio de Rosano sorprenderá hasta la estupefacción á muchos que si se viesan en la poltrona bailarían de contentos.

La calumnia, la injuria, la malevolencia, los ataques de sus enemigos, unidos á hondos pesares de familia, han precipitado á tan extremada resolución á un hombre que, según parece, era honrado y probo. Digo «según parece,» porque toda afirmación, en semejantes cuestiones y á distancia tal, tiene mucho de aventurada. Para responder de la probidad de un hijo de Adán, ¿cuánto hay que conocerle! No basta el consabido modio de sal comido á la misma mesa, ni se pueden sacar consecuencias de datos históricos. La unidad del carácter falla y se desmiente; un mismo individuo cambia de espíritu, como de piel el armiño y de hoja el árbol. A veces se empieza con pundonor y se acaba por perderlo, y aun es este el caso más común; pero también acontece que el pundonor brota y se impone como una necesidad de conciencia, y que la acusación ayer fundada sería mañana calumniosa. El estudio de tal fenómeno lo hizo admirablemente Tolstoy al narrar

la historia de aquel ladronzuelo Polikey, suicida bajo el peso de una injusta acusación fundada en su anterior conducta.

La enfermedad del Kaiser es otro tema de actualidad. Alarma porque á mal infeccioso en la garganta sucumbió su padre, en edad no avanzada y cuando empezaba á ejercer una soberanía que anunciaba una era de paz y concordia. Creyóse que el hijo, al subir al trono, iniciaría un período de lucha. Todo concurría á dar cuerpo á la sospecha: la mocedad del nuevo emperador, los formidables aprestos de la nación, el engrandecimiento de las recientes victorias. Y he aquí que el joven Guillermo, desde lo alto de su cuello de uniforme, fija la mirada en el comercio, en la industria, en la campaña económica por la cual Alemania ha salido definitivamente de aquel estado miserable de que hablaba con tanta energía Fichte. No le basta al Kaiser estimular la prosperidad de su pueblo: busca la buena armonía con los antiguos adversarios, y se hace agradable á los franceses, consiguiendo amortiguar en Francia, hasta un grado que se consideraría inverosímil, el escozor de los agravios y la inquietud de la *revanche*. La pacificación es la obra de este monarca de belicosas apariencias, á quien deseamos salud.

Y ya que de altas personas se trata, ¡qué impresión produce leer que á esa desventurada princesa de Sajonia, traída y llevada más de un año por agencias telégraficas y prensa de información, van á recluirla ahora en un manicomio! A decir verdad, no es bueno fiarse de las locuras de princesas y reinas enamoradas, como, por otro concepto, no hay que creer á pie juntillas en el desequilibrio é irresponsabilidad de los criminales. Lo primero salva el decoro y el *cant*; lo segundo, el pescuezo.

La moda de la irresponsabilidad de los criminales ha cundido, y ya no hay abogado defensor que no se agarre á ese clavo ardiendo. No ha mucho en mi pueblo sostenían la imbecilidad de un criminal de los más astutos que desfilan por los bancos de la sala de audiencia. Confieso que el sistema no me convence. Los criminales, en general, saben bien lo que hacen y no son más ni menos tontos que las nueve décimas partes de los hombres. La fatalidad puede precipitar á alguno; la estupidez, á otro; pero esta excusa alegada en favor de todos, llega á convertirse en algo que desafía á la conciencia pública, extraviándola ó pretendiendo extraviarla. No faltan otros arbitrios y razonamientos defensivos, que resistan mejor el examen y estén menos manoseados que estos lombrosismos de cuarta mano. La ligereza del maestro contagia á los discípulos, ¡porque cuidado que á mala información y á intrepidez, pocos le ganarán al autor de *Uomo delinquente!*

Pocos días ha recibí de Inglaterra una invitación á formar parte de cierto comité, cuyo objeto es auxiliar y facilitar su tarea á las mujeres que viven del trabajo literario en la prensa ó de otra suerte. Al dirigirme la invitación, la acompañaban con preguntas é indagaciones acerca de este problema en España. Con la lisura que gasto les contesté que, no haciendo nunca verano una mosca ó dos ó media docena, aquí tal cuestión no existía.

La mujer no ejerce aquí profesiones literarias, porque no está preparada á ello; y no está preparada porque no se educa, en infinitos conceptos, en el literario y académico especialmente. — Aunque la ley la autoriza, el caso de la mujer asistiendo al Instituto ó á la Universidad es todavía fenomenal. Y por mucho que haya que decir de nuestras Universidades y de nuestros Institutos, son lo menos deficiente de nuestra pobre enseñanza. Lo más que conceden los tolerantes con la mujer en España, es que se eduque «para saber educar á sus hijos.» Fin relativo, subordinado, como si el individuo no tuviese derechos propios. La marea del socialismo, que trae consigo, irremisiblemente, la igualdad ante el derecho del varón y la hembra, nada influye por hoy en esto, pues el problema de la educación en España es problema de gentes bien acomodadas. La ley, entre nosotros, es de completa amplitud: las costumbres son las que tienen moho, un moho difícilísimo de limpiar; acaso imposible, en el presente estado de cosas. Es curioso que en Inglaterra y en los Estados Unidos, países ideales de la igualdad y libertad feminista, oficialmente existan más desigualdades entre el estudiante y la estudiante que en España, en Rumanía ó en Grecia, y el estudiante aparezca privilegiado. Las leyes no son gran cosa: el buen sentido social vale y supone infinitamente más que ellas.

Venga á nos.

EMILIA PARDO BAZÁN.





Y he aquí que ambas viven muy unidas

DE LA VIDA

Los viejos y los niños son objeto de mi particular predilección, predilección que aumenta conforme voy llegando al promedio de la vida.

Los niños, los viejos y yo formamos un gran libro en el que suelo leer con atención profundísima.

Me recuerdan los niños lo pasado: las venturosas mañanas en que vi levantarse el sol sobre las fértiles campiñas de mi pueblo; la sierra cuajada de chaparreros y jarales, de romeros y tomillos; las flores silvestres acariciadas por el aire puro; los nidos de alondra, cuidadosamente ocultos en los rastros; la mies dorada, meciéndose suavemente con pausado bamboleo, fingiendo ondulaciones de mar en calma, y provocando con su cascabeleo armonioso y tenue emperzamientos sublimes; los lagos que parecen guardar retazos del cielo azul en sus profundidades transparentes; los bosques rumorosos donde los ruiseñores y los jilgueros anidan; los arroyuelos que se deslizan alegremente, besando flores y entonando la canción melodiosa y atrayente de las aguas que huyen; mi hogar bendito, deshecho por las tempestades de la vida primero, y arrasado después por la mano dulce, suave y misteriosa de la muerte...

Los viejos me hacen pensar en un mañana apacible y sereno; en el límite del camino; en el momento en que las pasiones tumultuosas acaban, y se vive mirando hacia atrás, alimentado del recuerdo melancólico de lo que fué; en el instante en que debe aguardarse con resignación beatífica la hora misteriosa en que ha de emprenderse el viaje definitivo, hora bendita en la que el espíritu, recobrada la libertad sacrosanta que perdió al encarnar, comenzará su vida esplendorosa al descubrir la Verdad Eterna...

Y entre los niños y los viejos estoy yo, encerrado en el largo paréntesis de las pasiones mal acalladas, de los insaciables anhelos, de los sobresaltos, de las ilusiones, de las dudas, de los amores fervientes, de los desengaños, de las grandes alegrías y de los desconsuelos infinitos...

Edad bendita de lucha valiente por la perfección, en la que a las horas de fiebre suceden las de tranquilidad apacible, cuando aquéllas se emplearon provechosamente en el trabajo afanoso y en el bien.

Y ahora sabe, lector amigo, que conozco a una vieja y a una niña. Y voy a hablarte de ellas en la seguridad de que rara vez podré hablarte de cosa mejor.

La una es sol esplendoroso que muestra sus primeros rayos; la otra es sol tibio de invierno que desaparece: una vida que acaba melancólicamente y una vida que empieza radiante: eso son.

La niña es sonrosada y fresca como alborada de abril en que abren las flores; su carita de ángel ríe siempre; en sus ojos hay constantemente una interrogación: ¿qué es la vida?

La vieja tiene aspecto venerable; su sonrisa es bondadosa; las arrugas dan a su cara cierta severa majestad; su frente es como flor marchita; en sus ojos cansados hay una afirmación: La vida es un eterno tropezar y caer, resucitar y morir.

Y he aquí que ambas viven muy unidas, tan unidas, que dijérase que son inseparables, como partes de un mismo cuerpo: la niña alegre a la vieja con su alocado é inocente charloteo; esfuérase la vieja en marcar a la niña el áspero derrotero de las abnegaciones y de los sacrificios.

Cuando la vieja llora, la niña se sobresalta; si la niña ríe, la vieja se regocija.

Al mirarlas tan juntas pensé muchas veces en que las dos estaban en el mundo para representar el símbolo del día y de la noche, de la obscuridad y de la luz. Por los largos paseos la niña va muchas veces delante, juguetera y alegre, y salta como vi varracho cervatillo; la vieja detrás, inclinada, meditando melancólicamente sobre cosas que huyeron. Y despiertan en quien las mira la idea de la loca esperanza perseguida de cerca por la desilusión.

Un día, contemplando a la niña sentada sobre las rodillas de la abuela, me acordé de esos rosales añosos que dan flores de sin igual hermosura, como otras veces había pensado ante los rosales de troncos retorcidos, coronados de flores, en esos padres viejos y arrugados que tienen hijas frescas y angelicales.

He sorprendido infinitas conversaciones entre ellas. La niña pregunta con afán insaciable, con ese afán que empuja a los seres hacia lo desconocido; la vieja deja sin contestación unas preguntas, contesta a otras con ambigüedades, y a muy escasas categóricamente; sabe que la existencia es demasiado corta para llegar a conocer el verdadero sentido de la vida.

Encontrábanse cierta mañana bajo el emparrado del jardín; la luz, tamizada al pasar por los verdes pámpanos, llegaba a ellas dulcemente, como suave caricia del cielo. Bajo el alero dos golondrinas, a la vista del nido que habían hecho con parsimonia y constancia admirables, entonaban la alegre canción de los amores.

La vieja, cruzados los brazos sobre el pecho, inclinada la cabeza y entornados los ojos escuchaba aquel canto, que traía a su memoria recuerdos dulcísimos de días felices que quedaron muy atrás; la niña con los ojos muy abiertos miraba hacia arriba, escuchando con atención profunda como si quisiera descifrar el sentido de aquella canción, para ella ininteligible y confusa.

Después de un rato de muda contemplación, dijo: - Abuela, ¿qué dicen las golondrinas? ¿Lo sabes tú?

- Hija mía, no dicen nada; cantan.

- ¿Y por qué cantan?

- Porque están alegres y alaban a Dios que nos manda la luz.

- ¿Y por qué han hecho ese nido las golondrinas?

La abuela abrió los ojos y contempló a la niña largo rato sin contestar. Esta, impaciente, repuso:

- ¿No me contestas, abuela?

- Ese nido es su casita, y lo hicieron para poder vivir y guarecerse del frío, de la lluvia y de los vendavales.

Guardó silencio la niña y siguió contemplando el nido. Luego preguntó:

- Di, abuelita, ¿por qué vienen dos nada más a cada nido? ¿Verdad que eso es raro? Podían hacerlos más grandes y venir muchas.

La abuela sin saber qué responder, permanece pensativa. Por su frente, sobre la que la misteriosa mano del tiempo dejó profunda huella, desfilaban tal vez en procesión majestuosa recuerdos de algo casi borrado ya. También hízose ella la misma pregunta en fecha muy lejana: «¿Por qué los nidos sólo son para dos pájaros?» Y luego, cuando llegó a la juventud esplendorosa, cuando la vida recorrió ante sus ojos espantados los misterios sacrosantos de la Naturaleza, comprendió: los seres traen a la tierra una misión benditísima de paz y de amor. Y, como las golondrinas, también ella tuvo su compañero, con el que construyó su nido, que fueron a ocupar benditos de Dios y de los hombres.

La niña pregunta y pregunta, y la abuela, sumida en el dulce sueño de la felicidad pasada, no acierta a responder. Reflexiona que los niños no entienden; no saben, ni deben saber... ¿Acaso la Naturaleza no les mostrará a tiempo los misterios de la vida? Ya que detrás de cada placer viene un dolor, y que sólo la inocencia es completamente placentera, bueno era callar.

Sentándose sobre las rodillas de la abuela y rodeándole el cuello con su bracito le preguntó:

- Pero, abuelita, ¿tú no hablas?

Y notando que la contestación no llegaba, volvió sus ojos brillantes hacia las golondrinas que seguían entonando la canción de sus amores...

Yo las contemplé envolviéndolas en una mirada cariñosa, mientras leía en la frente venerable, que los años y los dolores surcaron, un poema melancólico y dulce de amor ferviente no apagado aún, y en los ojos y en la boca entreabierta de la niña un deseo, un ansia gigantesca de llegar a conocer el misterio de los nidos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

(Dibujo de Passos.)



## LA CASA DEL DUENDE

(LEYENDA TRADICIONAL)

## I

¿Existió la casa?

Sí.

¿Existió el duende?

También. Sólo que dicho duende no fué un espíritu invisible, un ente imaginario, un fantasma aterrador, como creyeron los habitantes de la capital de España, sino por el contrario un hombre resuelto, travieso y diplomático.

Nos explicaremos.

Por los años de 1660 existía, al extremo de la calle de Leganitos, un gran caserón que era de la propiedad del Real patrimonio, y hallábase ocupado por multitud de gentes pertenecientes á todas las clases sociales, según la mayor ó menor importancia de los cuartos que habitaban, de tan diversas categorías como distintos precios. De suerte que en su portalón se codeaban los hidalgos y las *trajeras* ó modistas, los fanfarrones y los alguaciles, las busconas y los sopistas, los mercaderes y los saltimbanquis, las doncellas del *tusón* y los capigorriones, las niñas del acero y los hombres del hierro. Era el caserón una viva imagen de la *Corte de los milagros*. Todas las gentes del hampa, toda la falange de los trabajadores, toda la legión de mendigos falsos y de truhanes verdaderos tenían en él su albergue ó asiento.

Aquel conjunto heterogéneo convertía el famoso caserón en un mundo pequeño, para cruzar por el cual era preciso conocer muy á fondo la topografía del edificio, y aun así era muy de temer llegar á perderse entre aquella multitud de sótanos, bodegas y patios, de pisos y corredores, de amplios salones y estrechas celdas, de encrucijadas y cuartuchos, de buhardillas y desvanes, de solanas y azoteas.

## II

A la caída del confesor y favorito, el jesuíta padre Everardo Nithard, la reina doña Mariana de Austria, á la que él había procurado mantener alejada de todo contacto con el mundo y de toda clase de relaciones amistosas, vino á quedar en la más completa soledad. No recibía ni veía á nadie, y su vida se deslizaba en el mayor apartamiento. Mas de repente aquella mujer, que vivía reclusa en el alcázar, empezó á mostrar que sabía cuanto ocurría en palacio y en Madrid. ¡La sorpresa que esto causó á los cortesanos no hay palabras para describirla!

El tiempo pasaba, y la regente mostrábase de cada día más enterada de cuanto sucedía en la corte y en la villa; hasta el punto de que en una audiencia de despacho, al presentarla sus consejeros cierta combinación de nombramientos se negó á firmarlos, añadiendo las razones en que se fundaba, basadas en la historia de los personajes á quienes sus ministros pretendían agraciarse sin merecerlo.

La curiosidad que al principio despertó la conducta de doña Mariana, trocóse luego en vivísimo interés, y más tarde en un decidido empeño por averiguar el misterio.

Cortesanos y alcaldes, consejeros y militares, después de meditar el caso, convinieron en que dentro del alcázar existía un duende, al que ellos mismos denominaron el *duende de palacio*, duende que era preciso buscar y encontrar. Puestos en acecho, observaron algunos la salida en las altas horas de la noche de un hombre envuelto en una oscura capa y con el rostro cubierto por el ala de un gran sombrero chambergo. Siguiéronle, y el embozado no pareció notarlos: avanzaron, y el encubierto perdióse en las huertas y arboledas de Leganitos. Tres noches después (1667) lograron darle alcance, y hasta le dispararon un pistoletazo. No debió ser grave la herida cuando el embozado pudo huir, y penetrar y perderse en los oscuros patios del ca-

serón, adonde sus perseguidores no osaron llegar. Y es que Madrid entero sabía lo difícil de la empresa, y hasta los alguaciles más expertos de la Sala de Alcaldes y los familiares más listos de la Inquisición reconocían que el malhechor que llegase á penetrar en el caserón, hallábase en su interior más seguro que si una iglesia, lugar entonces de asilo y salvación, le protegiera.

Desde aquella noche el caserón fué bautizado con el pomposo nombre de la *Casa del Duende* por



Víctor Chávarri, busto en bronce que coronará el monumento que se erige en Portugalete, obra del escultor Miguel Blay, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, de Barcelona

los cortesanos. Para el vulgo, á cuyos oídos llegó aumentado en tercio y quinto el suceso, fué indudable la existencia del fantasma en el interior del caserón, que ya no debía ser conocido con otro título que la *Casa del Duende*; pero como la mayoría de sus inquilinos no era gente asustadiza, y como además de tiempo en tiempo recibían los más necesitados dinero y ropas, lejos de maldecirle vitoreaban al duende, ser invisible, pero amigo cariñoso, sin procurar conocerle para no perder sus beneficios.

## III

Conozcamos nosotros al duende.

Era éste el joven y gallardo D. Fernando de Valenzuela, nacido en la ciudad andaluza de Ronda, de padres pobres, aunque hidalgos.

Protegido por el duque del Infantado, que le llevó con él á Roma, donde estuvo de embajador, bien pronto alcanzó por su mediación el hábito de Santiago.

La muerte del duque no produjo su ruina, porque éste le había presentado al padre Nithard, que le cobró grande afición y le casó con la camarista más querida de la reina, la joven doña María Eugenia de Uceda, recibiendo como regalo de boda una plaza de caballero. Leal al padre Nithard, su digna conducta le atrajo el desvío primero y luego el odio de los cortesanos, especialmente de los que formaban el bando del *segundo* D. Juan de Austria, hermano del futuro rey D. Carlos, más tarde conocido por el *Hechizado*.

Sabía Valenzuela por su esposa cuanto ocurría en el alcázar, y por él propio cuanto pasaba en la villa, ya que de su cuarto de la *Casa del Duende* salía con los más extraños disfraces para recorrer hosterías, bodegones, tabernas, mercados y calles.

La regente, que al principio conoció por billetes que encontraba en su cámara, en su tocador ó en su devocionario y que doña Eugenia colocaba por orden de su marido, cuanto sucedía, mostró empeño en conocer también al *duende de palacio*; y una noche, filtrándose por las paredes, como la estatua del Comendador, presentóse á ella Valenzuela. Agradóle su entrada, y aun más su discreta y amena conversación. Siguió visitándola el joven, y su gallardía, su talento, su valor, le conquistaron el afecto y aun el amor de la reina; no faltando historiadores que aseguran la aparición de unos carteles en la puerta del palacio con los retratos de doña Mariana y Valenzuela. En el de ella y sobre el corazón había un letrero que decía: *Esto se da*; en el de él y sobre varios pliegos de títulos y mercedes se leía: *Esto se vende*.

¿Supo la mujer de Valenzuela lo que ocurría y calló, segura del amor de su esposo, ó deseosa de verle ocupar los primeros puestos?

Esto es lo que se ignora.

Lo cierto es que Valenzuela llegó en pocos años, y á pesar de la enemiga de los nobles, á caballerizo mayor, conductor de embajadores, marqués de Villasierra, embajador en Venecia, marqués de San Bartolomé de los Pinares, gentil-hombre, grande de España y ministro.

## IV

Ansioso de popularidad, y al objeto de contrarrestar el odio de los nobles, ordenó justas, torneos, corridas de toros y representaciones de comedias gratuitas, singularmente de aquellas por él compuestas, ya que era tan buen poeta como autor dramático; la reedificación de la Plaza Mayor, el levantamiento del puente de Toledo y del frontispicio de Palacio, en Madrid, y la construcción de varias obras en diversas poblaciones.

Firmes en su rencor, formaron los nobles una liga para derrocarlo y substituirle con D. Juan de Austria. Aprovechando la declaración de la mayor edad de D. Carlos (1676), lograron que éste se trasladara del palacio del Buen Retiro, confinara á su madre en el alcázar, sin atender á sus súplicas, y ordenase la prisión de Valenzuela en el Monasterio del Escorial, adonde el mismo monarca le había enviado, bajo la protección del guardián el padre Herrera, de cuyas protestas se burlaron los nobles duques de Medinaceli y D. Antonio de Toledo, hijo del duque de Alba, despreciando la excomunión que lanzó sobre ellos cuando profanaron la iglesia y arrancaron hasta los altares, buscando al favorito. Triste es decirlo, pero la *Casa del Duende* fué para Valenzuela más seguro asilo que las bóvedas del glorioso templo del Escorial.

Seguramente que al verse sacar el favorito por los soldados del duque de la celda de Juanelo, en que los novicios del convento fundado por D. Felipe II le habían escondido, cubriendo luego la puerta con un gran cuadro - escondite que parece reveló á los guardias un criado traidor (22 de enero de 1677); - el desgraciado Valenzuela echó de menos el viejo edificio y el oscuro cuarto á que debió su fama, la llamada *Casa del Duende*, en la que es casi indudable que no habrían podido encontrarle, por mucho que le buscasen, los soldados del príncipe D. Juan.

No hace muchos años que este antiguo caserón, de forma irregular, lleno de pequeñas ventanas, y con algunas no muy grandes rejas, fué derribado, levantándose sobre el ancho solar que ocupó un grupo de hermosas casas; pero siempre conservó su famosísimo título de la *Casa del Duende*.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.





EN EL CALABOZO, cuadro de J. N. Sylvestre



## CUSTODIA PORTÁTIL

CONSTRUÍDA POR LOS SEÑORES MASRIERA HERMANOS

Del taller de joyería que en esta ciudad tienen los Sres. Masriera hermanos, ha salido recientemente la hermosa custodia portátil que reproduce el grabado adjunto y que por su riqueza, por la elegancia y novedad del dibujo y por la acertada combinación de los materiales, constituye una valiosa joya y una obra de orfebrería de gran mérito artístico.

Dos ángeles de cabecitas y manos de marfil, vestidos con amplios ropajes y con las alas de traslucidos esmaltes, arquean el cuerpo sobre el plinto poligonal, en actitud de adorar la Sagrada Forma. Alrededor del viril que ha de contener ésta se ven varios querubines, también con cabezas de marfil y esmaltadas alas.

De este espacio central arrancan multitud de arcos que terminan, en la parte superior de la joya y á modo de coronamiento de ésta, en un globo, símbolo del mundo, sobre el cual se alza una cruz de piedras preciosas. Entre los indicados arcos hay tres medallones, uno con el escudo de Cataluña, otro con el sello de la orden benedictina y el de arriba con una silueta de Montserrat de esmalte traslucido.

El círculo que limita el viril en que ha de encerrarse la Sagrada Hostia está sembrado de brillantes, algunos de gran tamaño, y contiene además dos perlas de finísimo oriente. De la parte inferior de este círculo pende una cruz.

Esta hermosa joya artística, que justifica una vez más el renombre de los Sres. Masriera, ha sido costeada por un devoto que oculta su nombre y está destinada á la basílica de la Virgen de Montserrat, patrona de Cataluña. — S.

## AMOR Y CIENCIA

## I

Chisporroteaban en la chimenea los resacos leños, y el resplandor rojizo de las llamas iluminaba el rostro de Federico, quien sentado al lado de aquella, con los brazos apoyados sobre las rodillas y la cabeza sobre las manos parecía sumido en abstracción profunda, de la que sólo le sacaba un débil quejido que de vez en cuando salía de la inmediata alcoba, sacudiendo sus nervios con movimientos espasmódicos.

Tres meses habían transcurrido desde que Federico, creyendo realizar dorados sueños de amor, se había desposado con Ernestina, y el recuerdo de aquel venturoso día, contrastado con el dolor presente, llenaba su alma de una tristeza inconsolable, que á veces se convertía en loca desesperación.

Las eminencias médicas estudiaban diariamente el estado de la enferma; la sujetaban á minuciosos reconocimientos que ruborizaban á la pobre Ernestina, quien tenía que revestirse para sufrirlas de toda su voluntad y resignación y llevar á su alma la esperanza de un restablecimiento próximo y con él la alegría de Federico y la suya, la resurrección al amor y á la vida.

Federico presenciaba aquellos reconocimientos con dolorosa ansiedad, nervioso, temblón, con la sangre paralizada, con todo su ser pendiente de los gestos y de las miradas de aquellos hombres, cuyo pensamiento hubiera querido penetrar; y después, cuando los doctores discutían gravemente acerca de las observaciones que cada uno había hecho, le entraban angustias de muerte y pateaba de rabia y de dolor, ante el lenguaje de la ciencia, cuyo alcance no podía comprender. Escuchaba con atención, y si las palabras de uno le parecían fatídicos vaticinios, las de otro le traían un poco de esperanza, desvanecida pronto por las de un tercero en discordia; pero aquellos hombres nunca concretaban sus juicios; las interrogaciones sólo obtenían respuestas

ambiguas, y á decir verdad, Federico temblaba ante una categórica.

Un pensamiento iluminó la mente de Federico como el relámpago la obscuridad de noche tormentosa, momentáneamente; pero volvió á pasar una y otra vez, hasta que se convirtió en luz fija que alum-

braba á tiempo, ya que la enfermedad de Ernestina era de larga duración. Entonces, dedicado únicamente á la curación de su pobre enferma, siguiendo cuidadosamente el proceso del mal, encontraría las causas, las atacaría certeramente y Ernestina sanaría por virtud de su ciencia y de su amor. Una puntada dolorosa cortó las risueñas divagaciones de Federico: ¿y si en vez de encontrar medios de curación descubriría los síntomas de una enfermedad incurable? «Entonces, pensó Federico, ¡nada!» Y sus piernas se doblaron desfallecidas como si el mundo se hubiese desplomado sobre su cabeza.

## II

Querer es poder: Federico quiso y pudo; muy pronto salió del pelotón de los adocenados para formar en la fila de distinguidos primero y capitanearla después. No hay para qué decir que Federico se dedicaba á estudiar con especialidad las enfermedades de la mujer, y que apenas fué penetrando en la ciencia de Hipócrates empezó á intervenir en las consultas que celebraban los médicos de Ernestina, intervención de poca eficacia, pues que los sabios y renombrados doctores escuchaban con sonrisa despreciativa las observaciones y diagnósticos del modesto estudiante de Medicina, refutadas siempre con cuatro palabras de aquéllos. Y Federico volvía al yunque, al estudio, devorado por la impaciencia. ¡Oh! ¡Si él pudiera recetar! ¡Si él pudiera operar!.. Tenía ya casi el convencimiento de que *aquello* era histerismo por lesión orgánica. Era preciso llegar pronto.

¡Con cuánta impaciencia y fe esperaba la pobre Ernestina aquel venturoso día! Estaba segura de que Federico valía mucho más que sus médicos, vería lo que ellos no vieron, y allí donde no pudiera llegar la ciencia, llegaría el amor con sus maravillosas intuiciones; y era además cosa lógica para ella que si él leía en su pensamiento y penetraba en lo más recóndito de su alma, del mismo modo debía conocer palmo á palmo su organismo. Aquella fe misteriosa y absurda, como todas, y como todas bienhechora y dominante, fué apoderándose de todo su ser y envolviéndola por completo en la sutilísima red de su mentira.

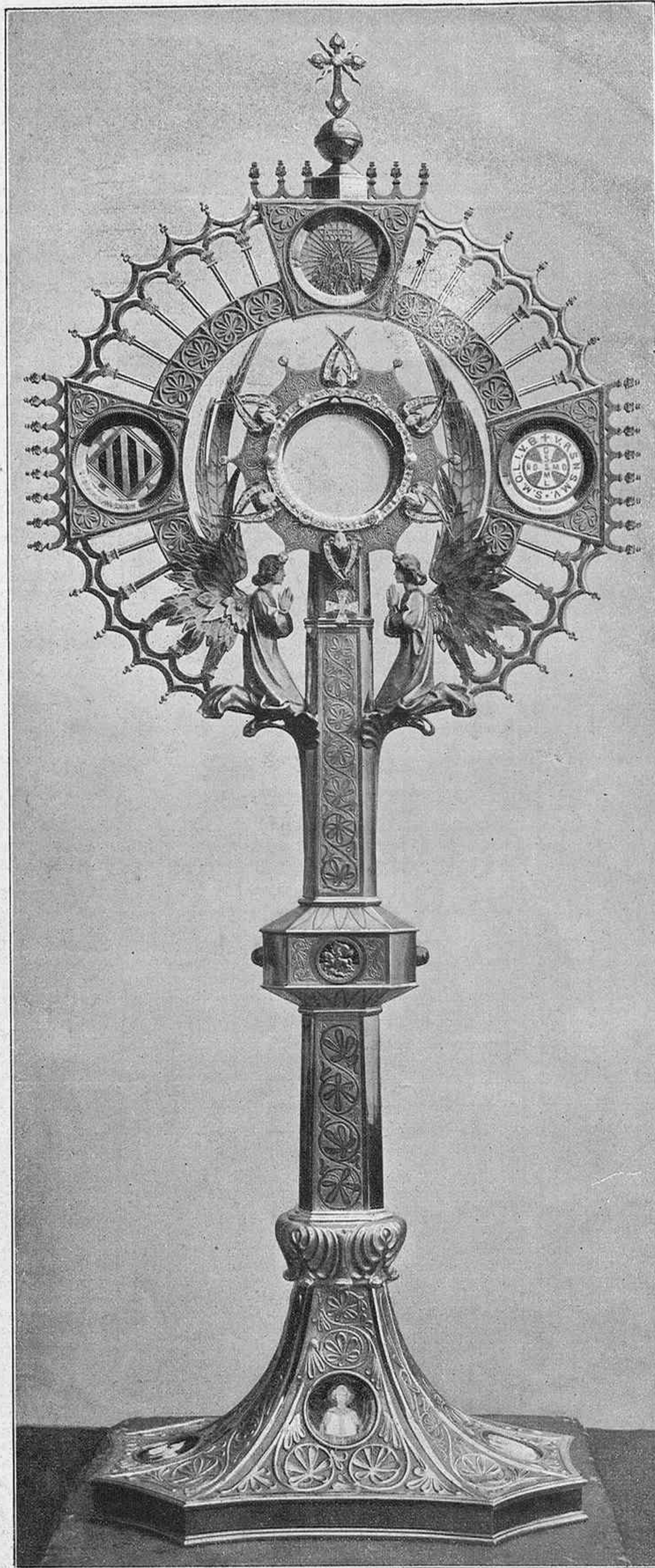
## III

Llegó el día á un mismo tiempo deseado y temido; el estudiante de Medicina era ya doctor, y el doctor había reunido en su casa á varios compañeros, entre los cuales estaban los médicos de Ernestina, para celebrar con ellos una detenida consulta. Manifestóles su opinión, y terminó anunciándoles que bajo su exclusiva responsabilidad ante la ciencia y ante Dios, iba á operar á Ernestina. Uno solo de los médicos que asistían á la consulta estuvo conforme con Federico; los demás se retiraron cortésmente.

Con voluntad firmísima que allanaba todos los obstáculos, sobreponiéndose á su dolor, y con la serenidad del que sólo tiene una solución y la pone en práctica, Federico preparó todas las cosas para la arriesgada operación que había de curar á Ernestina... ó la mataría.

## IV

La savia subía por las resacas ramas, rompiendo



Custodia portátil construída en los talleres de orfebrería de los Sres. Masriera hermanos, de Barcelona, y destinada á la basílica de Montserrat

braba tenuemente espacios de esperanza. Su razón se resistía á la empresa; su corazón le alentaba; era una hoja en la que por un lado se leía «no hay remedio» y por el otro «puede ser;» y como cuando se acaban las probabilidades y la razón pronuncia su último juicio, el hombre se entrega á los presentimientos, á esa fe de los deseos que lleva á sus oídos vagos ecos de una felicidad misteriosa que le llama desde lejos, Federico cerró los ojos y... determinó hacerse médico. A ello dedicaría todas las energías de su voluntad, toda la savia de su inteligencia, los instantes todos de su vida; estudiaría mucho, pediría exámenes extraordinarios, y llegaría

Intensamente pálido, pero con pulso firme, terminó la operación; curó la herida que su propia mano había abierto en aquella carne adorada; miró el rostro cadavérico de Ernestina, á quien el cloroformo había sumido en una muerte anticipada; besó su frente, y entonces, perdida aquella tensión nerviosa que le había tenido insensible ocho días, se sintió desfallecer, agarróse al compañero que le auxiliaba y rompió á gritar y á llorar en una fuerte crisis de sus nervios.



en tiernos y jugosos brotes; los gérmenes de la vida se estremecían al venir á la luz; un viento de juventud cargado de aromas mecía suavemente las hojas nuevas; la Naturaleza se despertaba en misterioso *crescendo* que terminaba en una sublime nota de amor.

Ernestina estaba curada; la sangre corría por sus venas, acelerando los movimientos de su corazón y poblando su cerebro de ilusiones y deseos; en su organismo se desbordaba la vida y en su alma el amor.

Federico también había cambiado; su ingenuidad se convirtió en ironía; su buen humor en melancólica tristeza. ¡No parecía sino que al soplo de la ciencia habían levantado el vuelo todas las ilusiones de su alma, como tímidas aves que huyen en bandada del frondoso árbol al más leve ruido!

— No lo dudes, Federico; ha sido tu amor y no tu ciencia el que ha triunfado de la muerte. ¡Qué sabe la ciencia de esas cosas! La ciencia ha fracasado en mis anteriores médicos, bien sabios por cierto.

— ¡Ah, mi querida Ernestina, qué fácil es para ti abdicar de la razón! Si yo no fuese médico, tal vez creyera como tú; pero, como tú, estaría equivocado; mi cariño hacia ti era tan intenso antes de estudiar medicina como después, y sin embargo, entonces no pude curarte y ahora te he curado. Ha sido, pues, la ciencia y no el amor la que ha triunfado de la muerte.

— Bueno; pues á mí me dice lo contrario el corazón, y ya sabes que nunca me engaña.

— Pero... ¡pobrecita! Si el corazón no puede decirte nada. ¿Sabes tú lo que es el corazón? Pues una víscera, un órgano, así como el estómago ó los riñones; es una especie de bomba que se comprime y se dilata y llena de sangre las venas.

Esta manera de pensar tan nueva en Federico entristecía profundamente á Ernestina, quien, apenas curada de cuerpo, empezaba á enfermar de espíritu. Federico no veía ya en ella, á través del amoroso espejismo, una mujer de aroma y luz; veía á través de sus conocimientos médicos un organismo lleno, como todos, de miserables realidades; había desgarrado con su bisturí — con aquel bisturí que ella guardaba como reliquia — su carne sonrosada; había profundizado, y sabía lo que se ocultaba bajo aquella hermosa epidermis.

Sólo la ciencia era verdad, sólo en ella podía cifrar el hombre sus amores; lo demás era pueril, bur-

bujas de jabón que estallaban al más ligero contacto con el aire, capaces sólo para distraer inteligencias infantiles. Y en nombre de aquella ciencia que había adquirido por y para Ernestina, fué Federico



El eminente actor francés COQUELIN (AINÉ) en «Cyrano de Bergerac»

ciosa y considera que no puedo pasarme todas las horas del día á tu lado, mirándonos uno á otro; eso además estaría bien en mozaletas que ni pueden ni deben pensar en cosa de más importancia; pero sería ridículo en nosotros que, seguros de nuestro mutuo cariño, debemos emplearnos en cosas más serias. Ninguna queja fundada puedes tener de mí; sigo y seguiré fiel á la fe que nos juramos al pie de los altares.

— ¡No! Por esa afirmación no paso. Me eres infiel con la peor rival que yo pudiera tener: con la ciencia, con ese sol, como tú dices, que es para mí un sol abrasador que agosta y quema todas las frescuras de mi alma.

Y era verdad. Ernestina desfallecía en la soledad, maldiciendo mil veces la ciencia que, con torpe vanidad, creía haberla curado y la mataba.

Una noche de primavera en que el aire parecía llevar todos los efluvios de la vida, en que descendían á la tierra los fulgores del cielo cuajado de estrellas, y subían al cielo los perfumes de la tierra cargada de flores, Ernestina esperaba impaciente, asomada al balcón, la vuelta de Federico, al que sólo había visto durante el almuerzo. Esperó en vano hasta una hora, y malhumorada y nerviosa cerró el balcón de tal modo, que parecía el causante de sus males; poco después Ernestina recibía una tarjeta en la que Federico la decía lacónicamente: «X se agravó después de la operación. Cena, acuéstate y no me esperes en toda la noche.»

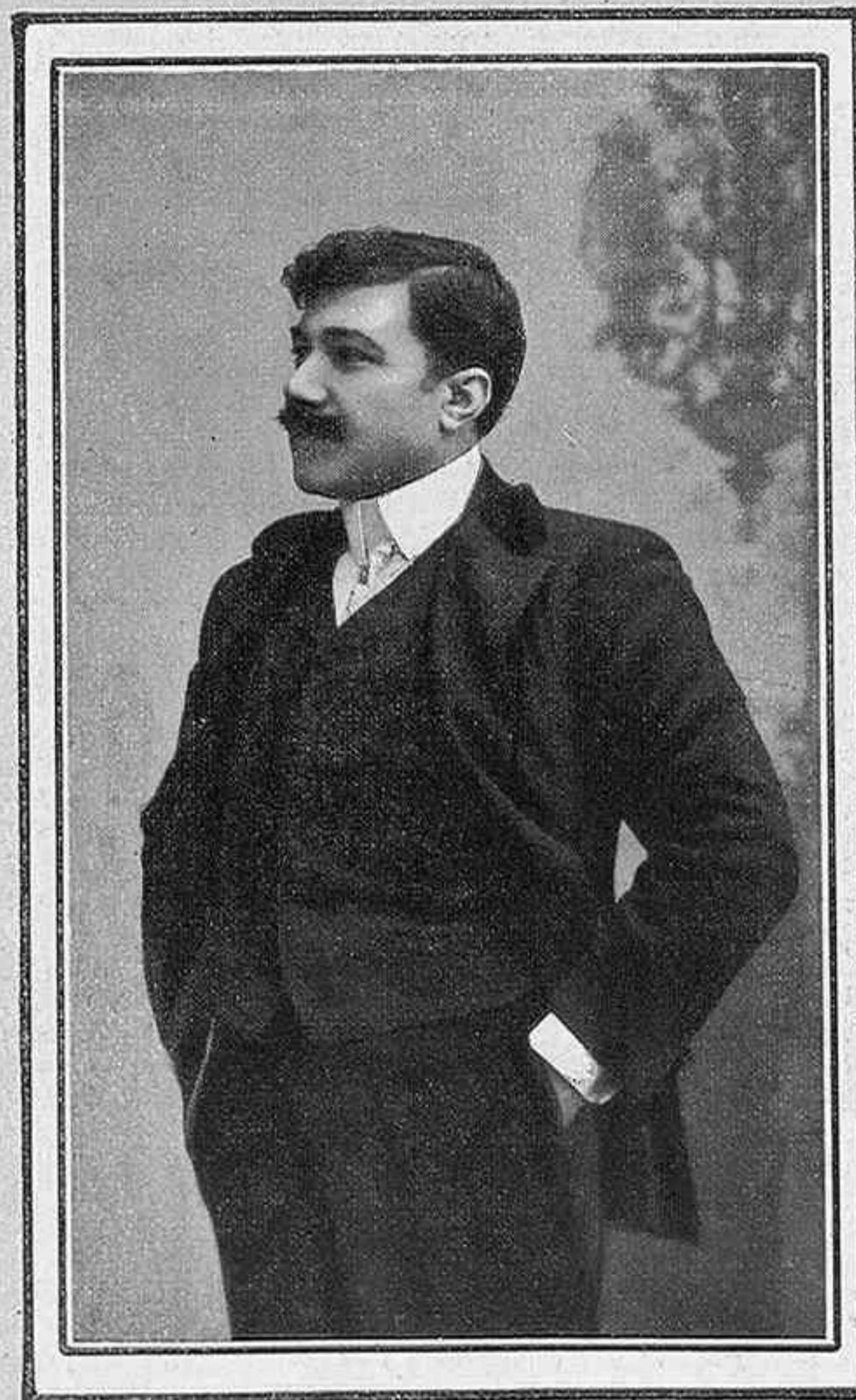
Leer aquellos renglones y romper la tarjeta en pedacitos fué todo uno; después abrió un precioso bargueño, sacó de un cajoncito un estuche y de éste varios objetos que brillaron en sus manos: eran el bisturí y los demás instrumentos de cirugía de que Federico se valió para operarla; contempló un momento aquellos objetos que habían cortado su carne enferma, que le habían dado la salud del cuerpo y le habían robado la del alma; en su mirada fulguró la piedad y la rabia; pasaron por su mente promesas de amor no cumplidas..., luego se dirigió resuelta al balcón y abrió sus dos hojas; una oleada de frescura llena de perfumes de flores recién abiertas acarició su rostro...

Ernestina volvió á contemplar los instrumentos de la ciencia, y haciendo un rabioso mohín los tiró cuán lejos pudo.

JUAN TORAL.

Teatro del Liceo de Barcelona

Temporada de 1903 á 1904



Intérpretes de la ópera

LOHENGRIN

MARÍA GIUDICE (*Elsa*). — FRANCISCO VIÑAS (*Lohengrin*). — CONCEPCIÓN DAHLANDER (*Ortruda*). — NESTOR DE LA TORRE (*Telramondo*). — TORRES DE LUNA (*Rey Enrique el Pajareo*)





EN LA FUENTE, cuadro de Augusto Corelli





SAN EMERICO, cuadro de L. Hegedüs

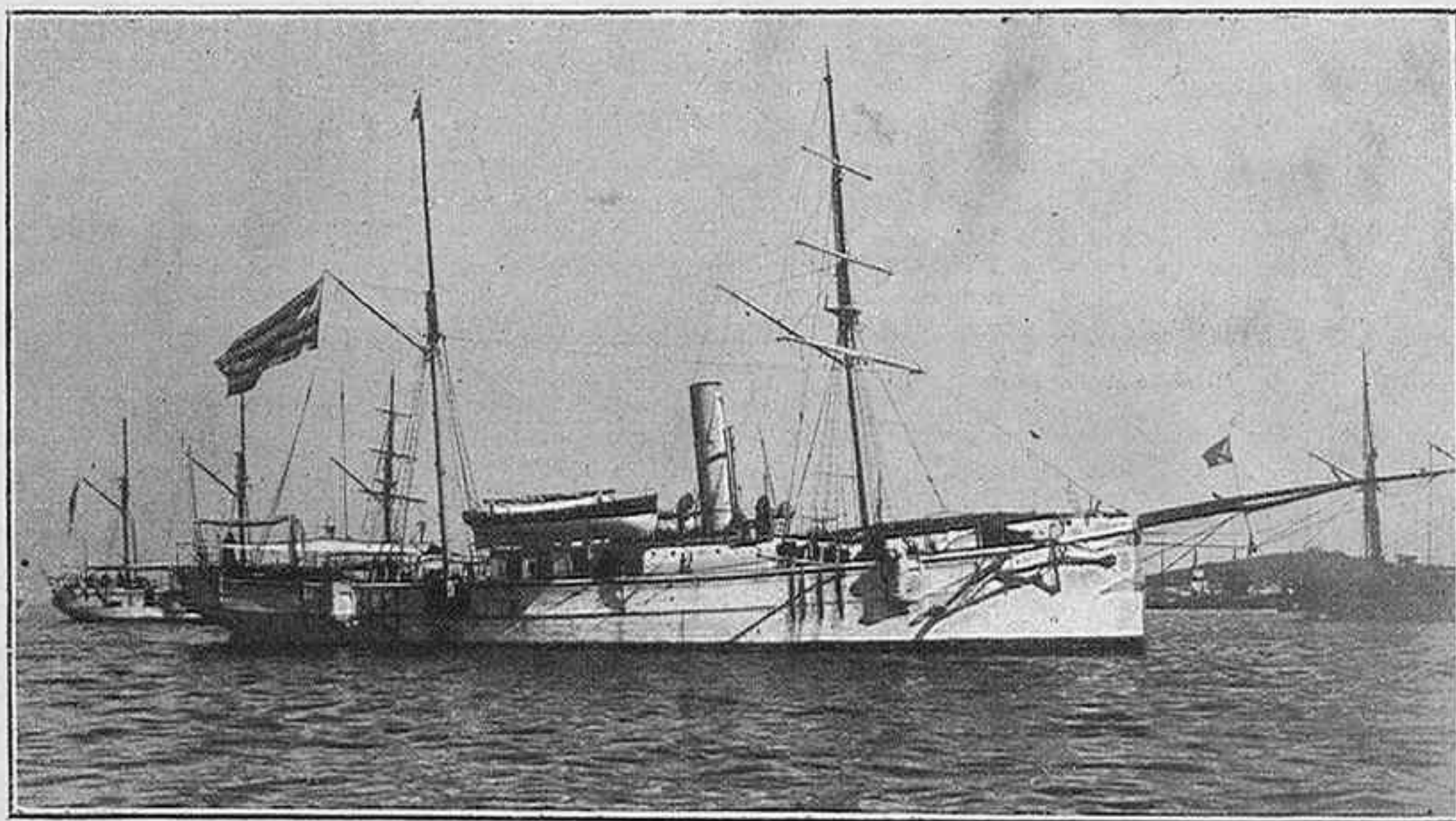


## NUESTROS GRABADOS

**Placa que la Asociación de Dependientes de la Habana ha regalado al Dr. Estrada, obra de Agapito Vallmitjana.**—Agradecidos á los buenos servicios del reputado Dr. Estrada, médico de la Casa de Beneficencia de la Habana y fundador de un asilo, los miembros que componen la importante Asociación de Dependientes de la capital de Cuba le han regalado recientemente la bellísima placa que adjunta reproducimos, en la que el retrato de aquél aparece en un marco artístico del mejor gusto. La obra ha sido ejecutada por el ilustre escultor Agapito Vallmitjana, y, como todas las que de sus manos salen, caracterízase por su corrección, por su seriedad y por su elegancia, y añade un nuevo título á los muchos y valiosos que su autor lleva conquistados en su larga y brillantísima carrera.

**Monumento á D. Víctor Chávarri en Portugalete.**—Próximo á inaugurarse el notable monumento que en Portugalete se erige á D. Víctor Chávarri, creemos oportuno dar á conocer á nuestros lectores algunos de los fragmentos ó elementos más importantes que lo integran, abrigando la convicción de que han de unir su aplauso al que sin reserva tributamos á nuestro distinguido paisano el laureado escultor Miguel Blay. Entendemos ante todo que la hermosa Portugalete interpreta perfectamente los deseos de la región vasca, honrando la memoria de uno de sus ilustres hijos, que dedicó al progreso de la más importante de sus industrias todos sus esfuerzos y todas sus energías, y recordando que los pueblos que glorifican á sus grandes hombres se engrandecen. De ahí, pues, que nos felicitamos por la realización de la obra, con mayor motivo cuando aquélla sirve para que un artista ya eminente dé nueva y gallarda muestra de su genialidad y admirables aptitudes para el cultivo del gran arte. El grupo titulado «Los primeros fríos», premiado en la Exposición Nacional de 1894, fué la revelación de lo que podía esperarse del temperamento del escultor olotense; el hermoso grupo formado por el forjador y el minero, que ha de figurar en el monumento á que nos referimos, es la confirmación de los alientos del artista y de su indiscutible maestría. Cada una de las figuras significa un interesantísimo estudio, sea cual fuere el aspecto con que se analicen. Reiteramos nuestra felicitación al artista y al amigo, así como á los fundidores Sres. Masriera y Campins, que tan acertadamente han dado cima á su difícil cometido.

**Montevideo.—La catástrofe de la cañonera «General Rivera.»**—A las doce de la mañana del día 6 del pasado octubre, un horrible estampido y un gran sacudimiento pusieron en conmoción á los habitantes de Montevideo: acababa de hacer explosión en la bahía la cañonera «General Rivera», buque-jefe de la escuadrilla uruguaya, resultando muertos cuatro marineros de la misma y heridos todos los oficiales. La noticia cundió rápidamente, y una hora después millares de personas se disputaban en los muelles el humanitario deber de acudir en auxilio de las víctimas. Ignórase, y seguramente se ignorará siempre, cómo se produjo la catástrofe, que algunos suponen casual y otros intencionada. El gobierno nacional dispuso que el entierro de las víctimas se verificase con toda pompa, habiéndoles tributado los honores militares de la marinería de los demás buques de guerra. Las Cámaras se adhirieron también á esa manifestación de dolor autorizando al Poder ejecutivo para que entregue á las madres y viudas de los infortunados marineros fallecidos el sueldo íntegro de que éstos disfrutaban, hasta que se discuta el nuevo



MONTEVIDEO.—La catástrofe de la cañonera «General Rivera.»—La cañonera antes de la catástrofe (de fotografía de Fillat)

presupuesto. Actualmente se trabaja para el salvamento de la embarcación y para encontrar los cadáveres de un fogonista y de un cabo timonel que, según afirman los buzos, están en el cuarto de máquinas.

La cañonera «General Rivera» fué construída en 1884 en la Escuela Nacional de Artes y Oficios, desde donde fué conducida, montada sobre tirantes, al verdadero de Gounouilhon, empezando á prestar en seguida grandes servicios al Estado, ora resguardando sus costas, ora haciendo viajes de estudio y de cortesía.

Las fotografías que adjuntas reproducimos son de los señores Fillat la primera, y Odín la segunda, y nos han sido remitidas, lo mismo que los datos que nos han servido para esta descripción, por D. Leogardo Miguel Forterolo, á quien damos las gracias por su atención.

**En el calabozo, cuadro de J. N. Sylvestre.**—En aquellos tiempos en que el guerrear era continuo y en que los aventureros se contrataban para entrar en el servicio del amo que mejor pagaba ó de la causa que mayores probabilidades de botín ofrecía, la existencia de los militares, si por un lado fatigosa y expuesta, era, por otro, alegre y variada. Amóríos fáciles sin cuento, pendencias por un quitame allá esas



Placa que la Asociación de Dependientes de la Habana ha regalado al Dr. Estrada, obra de Agapito Vallmitjana

pajas, el juego y el vino, llenaban los huecos que entre sí dejaban las batallas, y jamás el recuerdo de los pasados peligros ni el temor de los peligros futuros alteraban el buen humor de aquellos soldados que se burlaban de la vida y de la muerte. Los frecuentes desmanes traían consigo los correspondientes castigos, de ordinario no muy severos; pero aquellas momentáneas privaciones de libertad no eran bastantes ni á entristecer el ánimo del castigado, ni á hacerle sentir la cabeza para lo sucesivo. Dígalo, si no, el protagonista del cuadro del notable pintor francés Sylvestre, que en él ha sabido sintetizar una clase de hombres y el espíritu de una época: por su mala cabeza fué á dar ese oficial con sus huesos en el calabozo; pero bien expresan su semblante y su actitud que es de los que no se arrepienten ni se enmiendan, y claramente se adivina que en cuanto salga de su encierro volverá á las andadas hasta que nuevas fechorías le lleven otra vez á hacer compañía á los ratones que le distraen en su encierro.

**El eminente actor francés Coquelin (ainé.)**—En el teatro Principal de

del asilo para cómicos viejos y pobres establecido en Pont-aux-dames.

Dos cosas, sin embargo, merecen censuras: primera, la *mise en scene*, indigna hasta de un teatro de ínfima categoría, y segunda el poco acierto con que M. Coquelin ha escogido los elementos que forman su compañía; el gran actor debió percatarse de que han pasado ya aquellos tiempos en que los comediantes franceses organizaban las llamadas compañías *pour l'Espagne et le Maroc*, y bueno sería que en lo sucesivo, los actores franceses tomando ejemplo de los notables artistas italianos que tan hermosos conjuntos nos han presentado, hiciesen una distinción entre los públicos de esta tierra y los de Marruecos, y trayendo aquí compañías buenas, que sabemos apreciar como otro público europeo cualquiera, se reservasen las otras para los teatros de allende el estrecho.

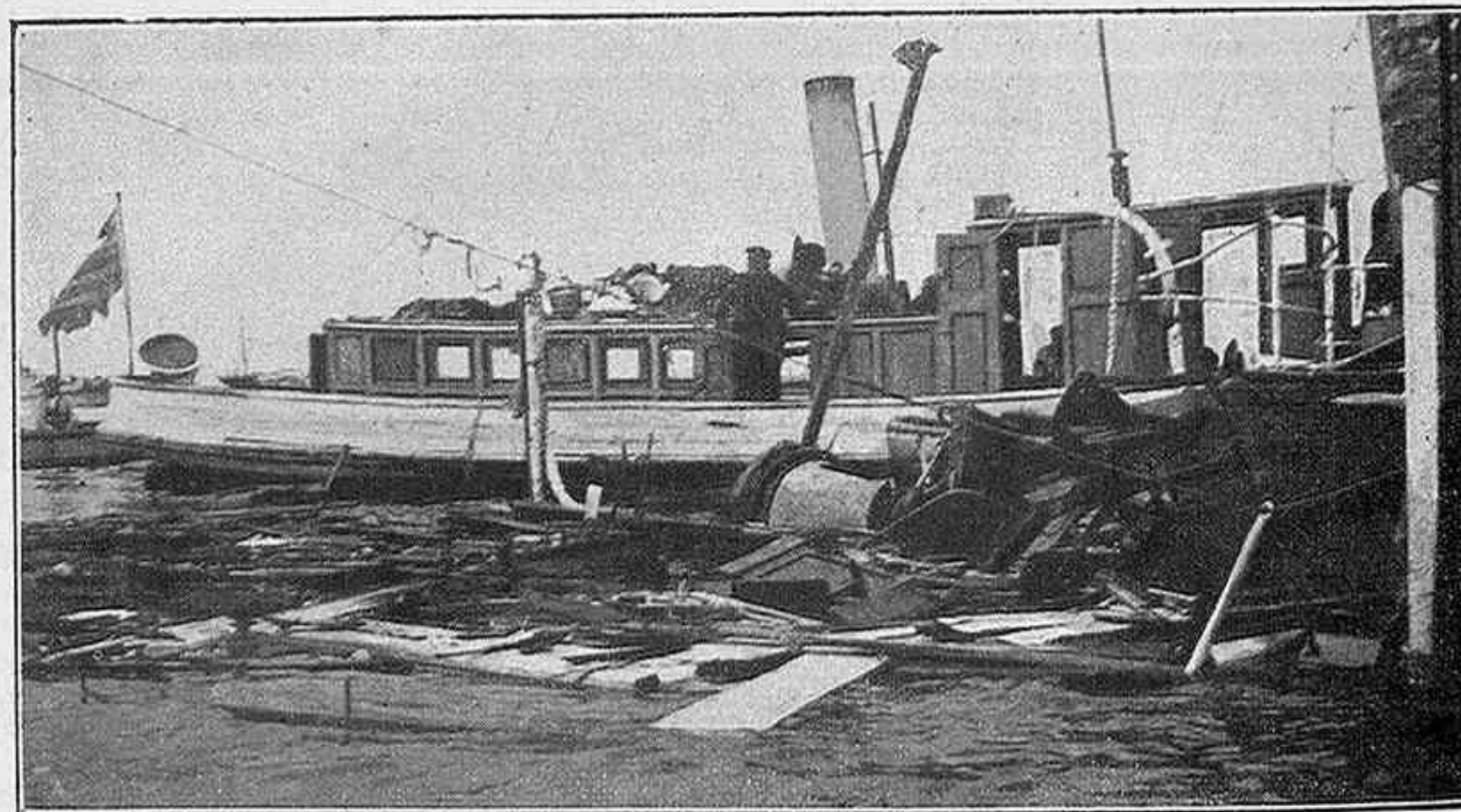
**Barcelona. Gran teatro del Liceo. Intérpretes de «Lohengrin.»**—La ópera escogida para la inauguración de la presente temporada del Liceo ha sido la bellísima obra de Wagner *Lohengrin*, desempeñada por las señoras Giudice y Dahlander, y los Sres. Viñas, Latorre y Torres de Luna, cuyos retratos publicamos en la página 767. Todos obtuvieron grandes aplausos, especialmente las Sras. Giudice y Dahlander, que cantaron admirablemente el dúo del acto segundo, y el Sr. Viñas, que dijo de un modo admirable toda su parte, pero muy particularmente el *racconto* del último acto.

**En la fuente, cuadro de Augusto Corelli.**—Pertenece este pintor á esa escuela italiana que rinde culto á la naturaleza esplendente de su hermosa patria y que, impresionándose directamente en ella, sabe trasladar al lienzo todo el vigor de sus colores brillantes y toda la suavidad de sus delicados matices y toda la belleza de los tipos que en aquellas campiñas y en aquellos montes se encuentran. Esa muchacha que recoge en sus manos el agua cristalina para apagar su sed, no puede negar su procedencia; es de la misma raza de las que en otro tiempo inspiraron á Rafael, al Tiziano y á tantos otros inmortales maestros; y el sitio agreste en donde la fuente brota nos da idea de las fragosas montañas que sirven de guarida á los famosos descendientes de *Fra Diavolo*.

**San Emerico, cuadro de L. Hegedüs.**

—El autor de este cuadro cuenta actualmente 32 años, es profesor auxiliar de la Escuela Provincial de Dibujo de Budapest, ha sido discípulo de A. de Bela Pollik, el conocido pintor de animales húngaro, del vienes Eisenmenger y de los parisienses Laurens y Constant, y ha obtenido numerosas recompensas en varias exposiciones. El lienzo suyo que reproducimos representa un episodio de la vida de San Emerico, hijo del rey Esteban, que introdujo el cristianismo en Hungría, que murió á la edad de veinticuatro años y es venerado como patrono de la juventud magiar. Este obra, la primera de grandes dimensiones producida por Hegedüs, ha sido pintada por encargo del obispo de Neutra.

**Teatros.—Barcelona.**—Se ha inaugurado la temporada del Liceo con la ópera de Wagner *Lohengrin*, en cuyo desem-



La cañonera «General Rivera» después de la catástrofe

esta ciudad ha dado estos últimos días tres funciones el ex societario de la Comedia Francesa, de la que salió en 1886 á consecuencia de una discusión surgida en el seno del comité de la misma. Desde entonces ha recorrido por su cuenta los principales teatros del mundo, cosechando en todas partes honra y provecho, siendo solicitado por todos los empresarios y aclamado por todos los públicos. No hemos de hablar de su talento, porque la fama universal lo ha consagrado: únicamente diremos que sus aptitudes artísticas se adaptan admirablemente á los más diversos géneros, como acaba de demostrarlo en esta segunda visita á Barcelona (la primera fué en 1888), interpretando de un modo maravilloso tipos tan distintos como el *Monsieur Poirier*, de la conocida obra de Augier, el *Cyrano* de la bellísima comedia de Rostand y el *Labussiere* del drama «*Thermidor*» de Sardou. El éxito alcanzado aquí por Coquelin ha sido tan grande como merecido, ya que á pesar de sus sesenta y dos años conserva todo el genio y todo el vigor artístico de sus mejores tiempos. A sus excepcionales dotes de artista une Coquelin un corazón excelente de filántropo, ya que á él se debe la fundación

peño han obtenido muchos aplausos las señoras Giudice y Dahlander y los señores Viñas, Latorre y Torres de Luna y el director Sr. Mascheroni. Se ha estrenado en el propio coliseo la leyenda dramática *La damnation du Faust*, de Berlioz, arreglada á la escena por Gunsburg, dirigida por el maestro Mascheroni y cantada por la señora Berlendi y los señores Blanchart, Dianni y Torres de Luna: el éxito ha sido entusiasta en los primeros cuadros y más frío en los finales; lo que sí ha merecido unánimes y calurosos aplausos ha sido la presentación escénica, por la que merece ser felicitado el señor Bernis. También merece felicitaciones la actual junta de propietarios por las mejoras realizadas en el teatro, especialmente por la relativa á la orquesta, que ahora está oculta del público.

En el Principal ha dado conciertos la Sociedad Filarmónica con el concurso del notable pianista M. Du Chastain, el cual ejecutó admirablemente distintas obras de Schumann, Bach, Schubert y Chopin; el señor Crickboom tocó con su habitual maestría varias piezas de Mozart, Haendel y Beethoven, unas solas en el violín y otras acompañadas al piano por su esposa y por M. Du Chastain; la orquesta dirigida por el propio Sr. Crickboom interpretó con gran acierto una obertura de Delacroze, una sinfonía de Mendelssohn y el preludio de *Lohengrin*.





- Roselina, ¿no quieres venir á hacer un mimo á tu mamá?

CRIMEN DE NIÑO

NOVELA CORTA, POR ALBÉRICH-CHABROL. — ILUSTRACIONES DE SIMONT

- Roselina, ¿no quieres venir á hacer un mimo á tu mamá?.. Ven, querida mía; me harías tanto bien si quisieras...

Aquel dulce ruego no obtuvo respuesta, y la madre siguió sola en un rincón de la pieza, dolientemente echada en un sofá. En pie, al lado de un balcón, Roselina, con sus ojazos llenos de enojo y con la irritación de una criatura exasperada más de lo que consienten sus fuerzas, estaba mirando las tres anchas y alegres vías que formaba, con sus aceras y su centro empedrado, el boulevard Saint-Germain en aquel día de primavera, bajo sus dos líneas de árboles, de hojas recién brotadas.

La madre había decidido el día anterior llevarla á los grandes almacenes para comprarle un sombrero nuevo, fresco como las flores recientes, un sombrero que no hubiera sufrido las humeantes nieblas del invierno ni las apreturas de los guardarropas á la entrada de las clases. Roselina adoraba el ir á los almacenes con mamá y experimentaba la vehemente atracción, la curiosidad ardiente de los opulentos escaparates, ante los cuales sentía, en multiplicaciones embriagadoras, ese goce tan femenino y tan sutil que promete la posesión de una cosa nueva... Y cuando llegaba el momento de escoger, la niña sentía como una ligera fiebre en las mejillas y en los ojos, una fiebre que no era ella sola la que la sufría, pues vendedores, vendedoras y clientes parecían transmitírsela con las puntas de los dedos al manejar las sedosas telas y aquellas mercancías como embalsamadas en su lustre virgen... Pero, sobre todo, en el fondo de Roselina había la idea, á la vez vaga y neta, de que de todas las cosas allí admiradas y cuya posesión se deseaba ardientemente, ninguna era comparable con los dos objetos de gracia y de orgullo que eran ella y su madre; ésta alta y esbelta, con su cabecita altiva que llevaba el sombrero de flores como una reina la corona, y ella muy crecida ya, sobre sus piernas de Diana, y con los hombros inundados por el raudal de cabellos rubios que se escapaba de su gran sombrero de terciopelo todo empenachado.

Un día, cuando todas las cabezas se volvían á su paso como de costumbre, había oído murmurar:

- ¡Es la princesa K y su hija!

¿Pero de qué le servía haberlo oído, recordarlo y prometerse saborear aquel mismo día el goce de ese recuerdo? Ya no iban á salir. Es decir, ella sí saldría para ir á la clase de piano con Julieta, en lugar de ir acompañada por mamá después del paseo, como estaba convenido... ¡Mamá tenía la jaqueca; siempre esa jaqueca deplorable! Pero, también, ¿por qué no se ponía en cura?.. ¡Qué lástima que el general, el tío de Roselina, no viniese más á menudo á París! Con él se realizaban siempre los proyectos... Y Roselina le veía tan orgulloso de llevarla al teatro del Chatelet ó al circo de caballos, como si fuera su hija... El general decía también que mamá no estaba mala y que haría mejor en tratar de distraerse en vez de estarse gimiendo en su sofá.

¿Sería cierto que mamá tenía hoy la jaqueca? Roselina se volvió un poco, y en un gran espejo de cuerpo entero que cortaba un ángulo de la pieza vio que mamá tenía un libro abierto en una mesita baja que había puesto á su lado...

- ¡Cuando se tiene dolor de cabeza no se puede leer!

Cuando el año anterior estuvo Roselina amenazada de una meningitis, el médico le había prohibido estudiar y hasta ir á clase.

Si mamá no tenía jaqueca, ¿por qué se quedaba en casa y aprisionaba con ella á Roselina?.. ¡Ah! Sí; á fuerza de reflexionar, Roselina comprendía muy bien...; era para vengarse (no habían sabido enseñar á Roselina la palabra castigar), sí, era para vengarse porque ayer no había querido ir con ella á casa de la señora de Noblois, una vieja gruñona que siempre aconsejaba á mamá la firmeza y á ella la obediencia...

- ¡Vengarse!.. ¡Ah! Si creían domarla de ese modo... ¡Ya le llegaría la vez á Roselina!

La niña echó otra ojeada al espejo. Mamá, sin embargo, estaba muy pálida..., pero cuando se le decía contestaba siempre riendo que aquel era su

color y que nunca había tenido sonrosadas las mejillas... Ahora había dejado en la mesita el libro abierto, y apoyada en las almohadas que había hecho añadir á los almohadones del sofá, se estaba oprimiendo el corazón con una mano... ¿Por qué ese ademán? Cuando se tiene dolor de cabeza, se pasa uno la mano por la frente... Mamá había visto, acaso, que Roselina la miraba en el espejo y quería fingir que estaba muy enferma, para meterle miedo.

Roselina volvió la espalda al espejo y apoyó con brusquedad la frente en un cristal del balcón. Sus ojos verdes se habían puesto oscuros como el agua del Océano, á la que, por lo sombría y fogosa, se parecía su alma... De pronto vio pasar por la acera de enfrente á su compañera, la niña Magdalena de Lorges, que iba con su madre. Magdalena tenía en la mano un rollo de música, en el que llevaba la sonata á cuatro manos que estaban estudiando juntas las dos... y que sería preciso tocar dentro de un momento en casa de la señorita Denisot, su profesora. ¡Oh! No, no, eso nunca... Roselina tenía los dedos como si fueran de algodón; la pieza le iba á salir pésimamente, y la mamá de Magdalena, que tenía tanta envidia de ella por su hija, iba á gozar de su torpeza... No, de perder su primer puesto en la clase, Roselina prefería que fuese á causa de una ausencia... Estaba resuelta; no iría á clase y que dijese mamá lo que quisiera...

Casi en el mismo instante la madre dijo de nuevo:

- Roselina, es la hora de la clase, querida. Di á Julieta que te vista.

Roselina se inmovilizó más y más contra el cristal. La madre repitió con voz lánguida y quejumbrosa:

- Anda, Roselina; es la hora. Vas á llegar tarde y perderás tu puesto.

La niña murmuró entre dientes, pero de modo que se oyese:

- ¡Bah! Me es igual...

Y la madre respondió, esforzándose por hablar un poco más alto:



— ¡Pero á mí no me es igual!.. Ya sabes qué orgullosa estoy por tus éxitos en clase...

— Por eso será por lo que no vas á ella casi nunca.

El tono duro de Roselina hizo estremecerse á su madre, por cuyo cuerpo, envuelto en los encajes del peinador, corrió un escalofrío. ¡Cómo! ¿Una nueva rebelión de aquella niña indomable?.. ¿Haría que decirse lo todo? ¿Sería preciso hacerle prever los días lúgubres que estaban acaso próximos y procurar que comprendiese que, después de ese suceso, nadie tendría ya para ella las indulgencias de la pobre madre enferma? ¡Oh! ¡Qué porvenir se preparaba para aquella niña altanera, orgullosa y demasiado linda! Casi siempre hay dramas en la existencia de esas soberbias mujeres que atraen el amor por su belleza y el odio por las crueldades de su orgullo y de su egoísmo... Era preciso que, en lo que le quedase de vida, la madre tuviese un poco de firmeza, y aun de severidad, para disciplinar á aquel espíritu absoluto, que las fuerzas contrarias del destino habrían de quebrantar, como á todo lo que se cree inflexible, por los dolores y las lágrimas...

Su madre dijo:

— Tengo mucho gusto en acompañarte cuando estoy buena, y hoy soy yo la que más lo siente de las dos. Pero como mi jaqueca me impide por completo salir, sobre todo para asistir á una clase de piano, vas á ser buena, querida mía, y á probarme tu cariño yendo con Julieta.

¡La jaqueca! ¡Pobre madre! ¡Qué desdicha que no comprendiese que á esas ricas é impetuosas naturalezas, como la de Roselina, hay que evitarles hasta la sospecha de una mentira!

La madre llamó, y cuando apareció Julieta, le dió la orden de traer el sombrero y el abrigo de Roselina.

— Señorita Roselina, ¿quiere usted venir?

La doncella, presentando el largo abrigo de terciopelo, ofrecía en vano la manga á Roselina... La niña seguía con la cabeza apoyada en los dos brazos cruzados contra el cristal y el cuerpo contraído como para la resistencia de la rebelión.

Roselina empezaba á vengarse.

La doncella creyó dominar su capricho con una broma que algunas veces le daba resultado, y dijo:

— ¡Bueno! Vamos á vestir á este niño sin que él nos ayude.

Y quiso coger un brazo de Roselina... Pero nada podía irritar en aquel momento á esta altanera niña como aquella inocente puerilidad. Roselina rechazó á Julieta con el puño cerrado, gritando con voz violenta:

— ¿Quiere usted dejarme en paz?

— Déjela usted, Julieta.

Cuando salió la doncella, mamá cogió el abrigo y se acercó á su vez, más pálida que nunca y semejante, con su peinador blanco, á una gran azucena marchita por un largo día de existencia. Su boca estaba menos tierna que de costumbre, pero tan doliente...

— Te ayudaré yo misma, porque vas á ir á clase; lo quiero.

Pero Roselina, con la voz baja é irritada de una criatura que se hunde en lo irreparable, que lo sabe y que siente al mismo tiempo el invencible vértigo y el horror de su caída, replicó prontamente:

— ¡No voy á clase!.. ¡Si tú lo quieres, yo no!

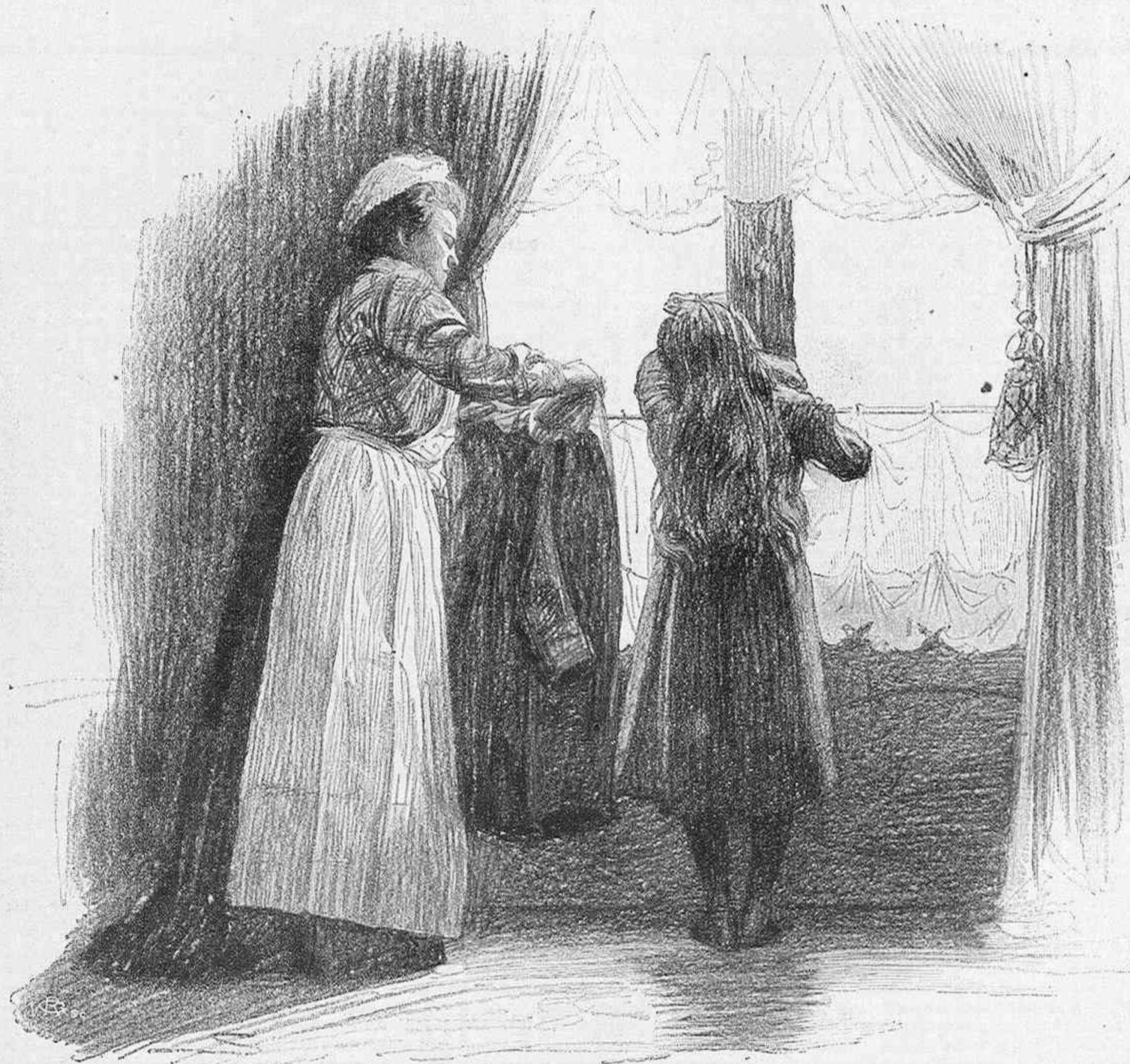
La madre no dijo ya nada, pero se apoderó de una mano de su hija y quiso hacerla entrar en la manga del abrigo, cuyo forro de seda color de rosa parecía sonreír ante un juego infantil...

Roselina retiró la mano de un brusco tirón.

La madre se la volvió á coger y la oprimió en la suya, tan fina, tan demacrada...

— ¿Te atreverás á resistirme?

Roselina se atrevió y retorció en todos sentidos el brazo que su madre retenía á fuerza de voluntad. Roselina se puso resueltamente á separar con la mano libre los dedos de su madre, rígidos y fríos...



... ofrecía en vano la manga á Roselina

Y al ver que no triunfaba, entró en una embriaguez de furor... Toda su linda cara de pequeña reina pareció cambiarse en un haz de llamas soberbias y monstruosas; y con el fulgor de sus cabellos rubios agitados, de las mejillas rojas y de los ojos verdes llenos de reflejos maléficos, exclamó:

— ¡Ya no te quiero! ¡Te aborrezco!..

Roselina dijo esto con la expresión feroz que le daban sus dientes apretados, aquellos dientes de pequeña leona que querían una presa. Y de repente, reuniendo todas sus fuerzas y todos sus furores, dió un empujón terrible... La madre lo recibió en el costado y vaciló, dió un gemido de enfermo que agoniza... y sus manos cayeron flácidas, como si la fuerza se hubiera deslizado de sus dedos, cual fuentes que se agotan... Con pasos penosos y agitados se dirigió al sofá y cayó en los almohadones, pálida, con una palidez inexplicable todavía á los ojos de Roselina...

La niña permaneció en pie, inclinada hacia delante, con los brazos crispados aún, como buscando el obstáculo y la lucha; todo el cuerpo aguijoneado por la voluptuosidad de la rebelión y el alma ya estupefacta por el horror de sí misma y de todo... La madre se incorporó en las almohadas; sus párpados dejaron pasar una mirada y sus labios un aliento:

— ¡Roselina!

La niña se acercó de un salto.

— ¡Perdón, mamá, perdón!.. Iré á clase... haré todo lo que quieras... ¡Dime que me perdonas!

Pero mamá se quedó inmóvil, con la cabeza violentamente caída hacia atrás. Y Roselina tuvo la impresión de que su madre, en vez de estar allí, en su sofá, se dirigía con pasos de sombra hacia la puerta de la pieza, y después á todas las puertas, hasta la última de la casa, y luego á otras puertas sombrías por las que se hundía lejos, muy lejos, en los espacios de la noche, sin que le fuera posible volver la cabeza. Roselina prorrumpió en los gritos locos del abandono...

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mírame, háblame!.. ¡Abre la boca! ¡Mueve los ojos!.. ¡Mamá! ¡Yo te obedeceré siempre!.. ¡Te lo prometo!.. ¡Te lo juro!.. ¡Mamá!..

Acaso la madre quiso, en efecto, abrir la boca y mover los ojos, al menos un segundo, para perdonar á la niña arrepentida. Las largas pestañas de sus párpados cerrados se estremecieron como á impulso de ligera brisa y sus labios hicieron un imperceptible movimiento... Pero en lugar de la palabra de ternura que suplicaba el corazón enloquecido de

Roselina, apareció en ellos una línea escarlata que coloreó siniestramente su palidez. Y mientras la niña enmudecía de espanto ante aquel horrible espectáculo, el hilo de sangre corrió por las almohadas, llegó á las anchas puntillas de sus bordes y tocó la mano crispada de Roselina, agarrada á ellas con desesperación.

Al sentir el tibio raudal, la niña dió un salto para caer de rodillas.

— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Oh! ¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!..

Ninguna otra palabra pudo ya salir de aquella garganta oprimida por una argolla de angustia. Julieta y la cocinera acudieron temblando á sus gritos, que eran clamores desesperados, y la encontraron revolcándose en la alfombra, ahogada por un estertor y con los cabellos inundados de sangre, aquellos lindos cabellos rubios que mamá había peinado y rizado el mismo día, como todos, con dedos llenos de amor y de orgullo.

\*\*\*

Roselina se despertó en su cuartito azul con esas miradas de asombro que echan los enfermos á las personas que los

rodean, como si volviesen de ese mundo lejano y extraño del que los muertos no vuelven... El general, su tío, y la hermana del general, que tenía en Blois su casa de soltera, estaban al lado de la cama de Roselina, después de la última visita del médico.

— ¡Vaya! ¡Ya está salvada!, exclamó el general con la expansión de la alegría. Así, ya puedo marcharme tranquilo. Dentro de ocho días, en cuanto el médico lo permita, me la llevarás... Pero trata de que de aquí á entonces pierda esa cara pálida de santa; hay que hacerle recobrar su aspecto de diablillo vivo y bullicioso... Yo no soy como aquella pobre Luisa, y me gustaría el ruido y hasta alguno que otro vendaval en la casa... Es más alegre...

Al oír el nombre de su madre, Roselina, que estaba muy débil, no pudo expresar con gritos su desesperación como lo hizo antes de ser atacada por la fiebre cerebral; pero su linda cara, de óvalo prolongado y enflaquecido, tomó una expresión de angustia y de estremado dolor, y sus ojos se llenaron de lágrimas, que caían lentamente...

El general, conmovido, le dió un beso.

— ¡Buena la he hecho!, dijo. Pero ha sido el médico el que ha querido que se te hable de ella en seguida... ¡Ea! Yo me voy; tu tía sabrá tratar mejor que yo el triste suceso.

Cuando salió el general, su hermana fué á sentarse á la cabecera de Roselina. Era la tal una mujer alta, delgada y dulce, con esa dulzura de alba que conservan las solteras solas en la vida con un corazón voluntariamente consagrado al ideal. La buena mujer habló á Roselina de su madre. Hacía muchos años, desde que el padre de la niña, capitán de fragata, murió en una expedición á los mares del Sur, el estado de la pobre viuda no ofrecía esperanza alguna y su vida dependía de la primera emoción... Ahora bien: cuando se acudió á los gritos de Roselina, se vió que la enferma había estado leyendo todo el día un volumen sobre los naufragios célebres...

¡Su vida dependía de una emoción!.. Roselina no quiso escuchar más... «¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!..» Este grito, que salió de su boca al em-



pezar el delirio, era, en efecto, el de la horrible verdad. ¡Había matado á su madre como si hubiera cogido un cuchillo para hundírselo en el corazón!.. Era más criminal que los asesinos que matan á las personas extrañas á fin de apoderarse del dinero necesario para vivir... ¡Ella había golpeado á su madre, que la mecía con sus cuidados, con sus besos, con sus inmerecidas ternuras!.. ¡Ah! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡El objeto de su mayor orgullo! Nunca la tendría ya á su lado... Nunca ya su alma se sentiría inundada

se ha encontrado robando en los escaparates. La encerrarían con aquellos chicos, á los que nunca hubiera querido tocar ni al borde de la ropa, y estaría en su compañía, pero mucho más castigada que ellos, sin duda, porque era infinitamente más culpable. ¡Aquella casa negra, el pan de munición, los maestros duros y que nunca sonríen, la vida en común con aquella tropa de ladronzuelos y de pequeños criminales!.. ¡Oh! ¡Con tal de que no se sepa nada jamás, jamás!..

La enfermita lloró todavía un momento en el hombro de su tía, y en seguida, como si habiendo perdido por su culpa, por su crimen, las caricias de mamá, le estuviera ya prohibido el buscar otras, se dejó caer pesadamente en las almohadas.

— Eso es, querida mía; duerme un poco y descansa bien, para que podamos ir á buscar á tu tío dentro de pocos días.

Pero Roselina, vuelta hacia la pared y agobiada por la pena, tardó en dormirse. De sus párpados,



Julietta y la cocinera acudieron temblando á sus gritos

de júbilo al oír estas palabras de sus profesores: «Roselina sigue siendo la primera de la clase... No nos extraña; con una madre como la suya...»

¡Una madre como la suya! ¡Y ella la había matado! ¡Oh! ¡Aquella sangre que un golpe brutal había hecho brotar de su corazón; aquella sangre tibia que había bañado sus manos, su cara, sus cabellos!.. ¿No estaba ya marcada para toda la vida?..

Roselina se incorporó en las almohadas é interrogó al espejo del armario... Su cabello rubio, cuidadosamente lavado, caía en suaves ondas al lado de sus mejillas, tan pálidas, que la niña se creyó mirada desde el fondo del espejo por los queridos y tristes ojos de mamá...

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No podía siquiera llorar á su madre con un dolor de tranquilo duelo, como las otras huérfanas! ¡Tenía que llorar y deplorar más y más su crimen!..

La conciencia de Roselina no estaba bastante esclarecida para atenuar en provecho propio el sentido de esa palabra. ¿Es un crimen matar? Pues ella le había cometido. Si al despertar de su fiebre no había nadie á su lado para ponerle las esposas, era que nadie, no, nadie sabía... Julieta misma había estado hacía un momento en su cuarto y se había sonreído amistosamente al darle la medicina. Aquella mujer no podía imaginar que Roselina hubiera llevado hasta la locura furiosa y criminal contra mamá el acceso de cólera en que la había visto un momento antes. Julieta, sin embargo, no había dejado de hacerle ciertas observaciones en casos semejantes. Muchas veces le había dicho: «Si fuera usted de una familia pobre, señorita Roselina, tiempo ha que, por su mala cabeza, la habrían metido en una casa de corrección.» ¡Una casa de corrección! Sí, allí es donde la meterían hoy si supieran...

¡La casa de corrección! Es decir, el presidio de los niños criminales, de los niños pobres á quienes

Sin embargo, un deseo, una necesidad de decirlo todo atormentaba su boca como una sed ardiente en el verano. Necesitaba instruir de su crimen á alguien superior á ella, recibir una condena secreta, sufrir, sin vergüenza exterior, una penitencia que pudiera repararlo todo y hacer venir de nuevo los días dichosos y que obligase á mamá á volver del mundo obscuro en que se había hundido, lejos, muy lejos de aquella niña que no la merecía... ¡Oh! ¡Violentos y vanos deseos! Roselina tenía que aprender ahora sola la significación horrorosa de la palabra «imposible,» que nunca había podido concebir cuando la pronunciaba la tierna boca de su madre.

De pronto levantó la cabeza. La hermana del general, después de haber hablado á Roselina de su madre, se había retirado, pensando que la enfermita sentiría más alivio llorando sola, y estaba leyendo vuelta de espalda al interior de la pieza.

— ¡Tía!

Gozosa al ser llamada, la buena señora acudió. Roselina se abrazó á su cuello.

— ¡Oh! Tía, mi madre muerta... ¡Yo!..

Iba á decir «¡Yo la he matado!» pero no acabó. Se había producido un hecho infinitamente extraño y misterioso, como si la mano misma de la muerta, aquella mano suave, pálida y demacrada, se hubiese aplicado á los labios de la niña para cerrárselos con una autoridad invenciblemente obedecida... La buena mamá no había nunca tolerado que nadie más que ella supiera las violencias de su hija... Hoy había cerrado los labios de Roselina como en otro tiempo cerraba las puertas para que los criados no se enterasen de las escenas más desagradables... De repente creyó Roselina que era una horrible profanación revelar el secreto de la última. ¡Sería hacer que mamá, muerta en su tumba, llorase de vergüenza!.. ¡Mamá, tan perfecta, y que había tenido una hija tan miserable!..

oprimidos por un gran peso de fatiga, se deslizaban lágrimas silenciosas, brotadas del alma, fuente que había de seguir siempre llena y que producía un murmullo de infinita tristeza, percibido por sus oídos y repetido por sus labios á pesar de su gran repugnancia:

— ¡Mamá muerta! ¡Yo la he matado!

El general había sufrido un desengaño. En Blois, en su lujosa y risueña casa de la orilla del Loira, Roselina había crecido demasiado juiciosa y sin alegría. El buen señor cambiaba á veces penosas miradas con su hermana, considerando como un síntoma temible aquella formalidad de la niña que la hacía parecerse cada vez más á su joven madre muerta. Roselina, sin embargo, tenía una salud excelente y los médicos respondían de su vigor y del perfecto equilibrio de sus órganos.

Sí, aquella gravedad de Roselina era propia de una criatura sana de cuerpo y alma, de un instrumento perfecto que la vida hacía sonar sin notas falsas. ¿Le era acaso posible el pronto olvido? ¿No había de conservar el crimen su horrible consecuencia? ¿Acaso la muerte le había devuelto su madre al verla arrepentida?.. Ese arrepentimiento había sido al principio tumultuoso y delirante, mientras Roselina no supo cómo resolver la necesidad de conciencia de confesar y de recibir un castigo.

Su madre le había cerrado la boca en el momento que iba á confiarse á su tía durante la enfermedad. No, ninguna persona, ni hombre ni mujer, debía conocer el crimen de su hija..., pero hay un hombre que es más que un hombre; el sacerdote, el que escucha por los oídos de Dios lo que se dice en el confesonario, y condena y perdona al mismo tiempo en nombre de Dios...; el sacerdote, que al cruzarse con su penitente en la calle, no tiene recuerdos en la mirada...

(Continuará.)



**AUTOMOVILISMO**

El último concurso de «Resistencia» celebrado en los días 18 y sucesivos - exceptuado el 20, domingo - hasta el 26 del pasado mes de septiembre, bajo el patronato y la dirección del *Automobile Club* en el Palacio de Cristal de Londres, resultó muy interesante é instructivo, siendo evidente demostración de lo mucho que se ha perfeccionado en estos últimos años la construcción de automóviles.

La carrera de 1.000 millas estaba repartida en las jornadas siguientes:

- Septiembre, 18, á Margate y vuelta
- 19, á Eastbourne -
- 21, á Worthing -
- 22, á Folkestone -
- 23, á Southsea -
- 24, á Bexhill -
- 25, á Winchester -
- 26, á Brighton -

Además de la debida vigilancia en todos los caminos, cada coche llevaba un inspector oficial. Al regreso, por la tarde, los vehículos quedaban encerrados y custodiados, no siendo permitido á sus conductores acercarse á ellos hasta la mañana siguiente para continuar la carrera.

Si bien había cerca de 150 competidores apuntados, quedó bastante reducido este número al llegar el momento de entrar en la liza, pues sólo comparecieron 104, y éstos fueron disminuyendo durante la carrera hasta verse reducidos á 77 en el último día, siendo 54 los que la terminaron sin haber tenido que hacer parada alguna. Como era de suponer, los contratiempos fueron ocasionados en su mayor parte por desarreglo de los neumáticos, en lo que no puede achacarse responsabilidad alguna al constructor de la máquina.

Como se verá por los datos que ponemos á continuación, es muy notable la manera como fueron reduciéndose las abstenciones después de las dos primeras jornadas:

Competidor.s	Retirados	
Margate. . . . .	104	10
Eastbourne. . . .	94	7
Worthing. . . . .	87	2
Folkestone . . . .	85	2
Southsea. . . . .	83	4
Bexhill. . . . .	79	1
Winchester. . . .	78	1
Brighton. . . . .	77	1

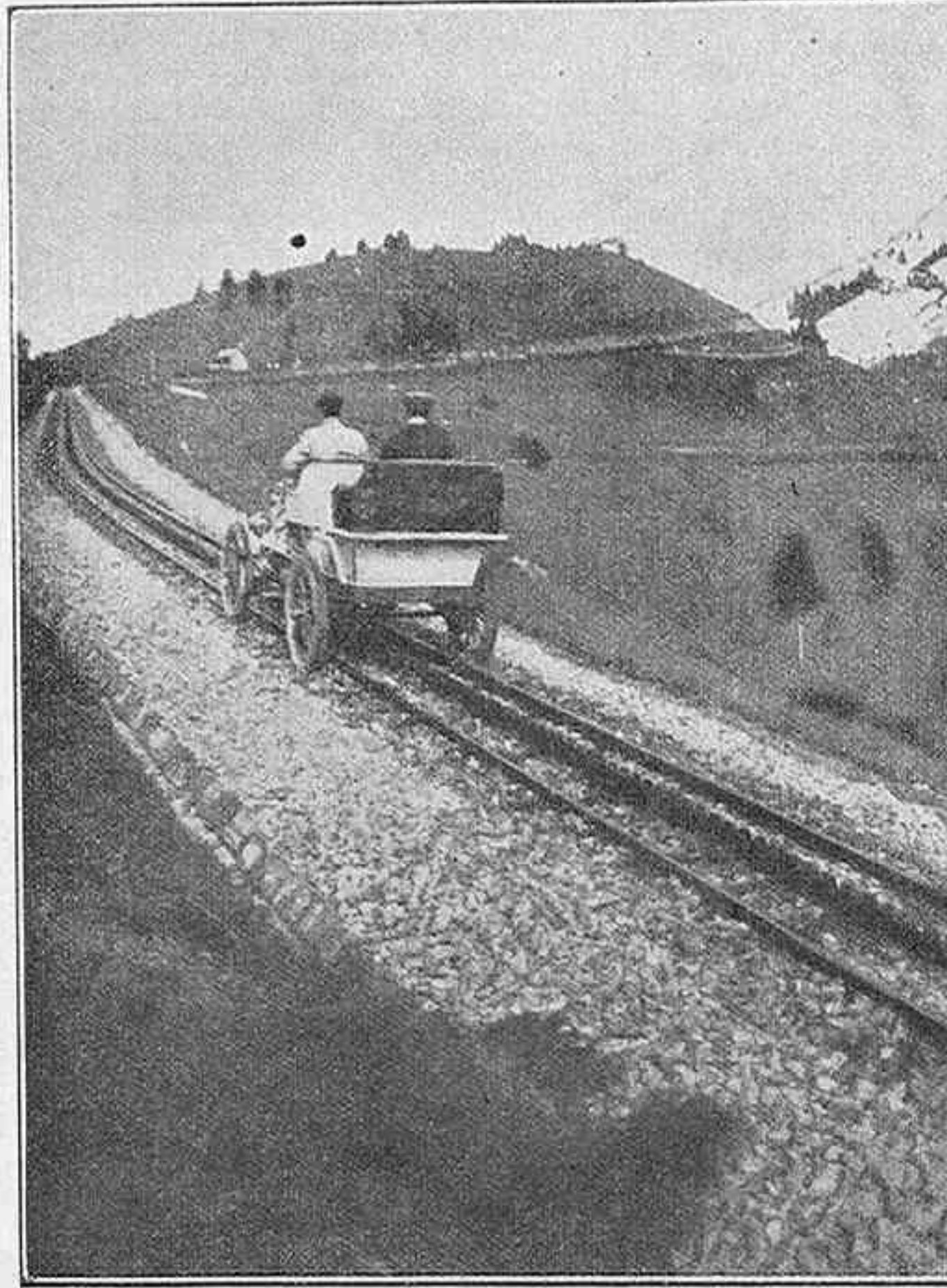
Tienen tanta mayor significación las cifras apuntadas, cuanto que se ha de considerar que en ese concurso no tomaron parte los automóviles de primera clase, los de mucho precio y gran potencia, que, por lo demás, poco aliciente habían de encontrar en él, dada la escasa velocidad permitida y teniendo ya bien probada la seguridad de su funcionamiento. La contienda esta vez se puede decir que era solamente entre constructores de nuevos tipos de poco precio - menos de 200 libras esterlinas - y de relativa poca fuerza, pues cada día es más patente la conveniencia de producir coches de módico coste para los miles que no pueden emplear de 500 á 1.000 libras esterlinas en un automóvil. Débese además tener en cuenta que se presentaron bastantes de esos pequeños coches acabados de salir de los talleres de sus constructores, y por lo mismo, sin suficientes pruebas de preparación.

Antes que el *Automobile Club* presente su informe oficial, sería muy aventurado emitir opinión formal respecto á la superioridad de una ú otra de las marcas que han concurrido al certamen de que nos ocupamos; pero entre aficionados é inteligentes que lo presenciaron, era muy general la satisfacción con que habían visto funcionar el de Dion Boerton de seis caballos de fuerza, el Oldsmobile de cinco caballos, el Humber también de cinco, el Baby Peugeot y el Clyde de seis caballos y medio, todos comprendidos en la clase A, ó sea la de coches pequeños y de precio menor de 200 libras esterlinas.

En este concurso se efectuaron asimismo, antes de emprender la carrera de 1.000 millas - algunos críticos opinan que más práctico habría sido después, sin permitir arreglo alguno, - «pruebas de frenos», las que tienen mucho interés hasta para el más de-

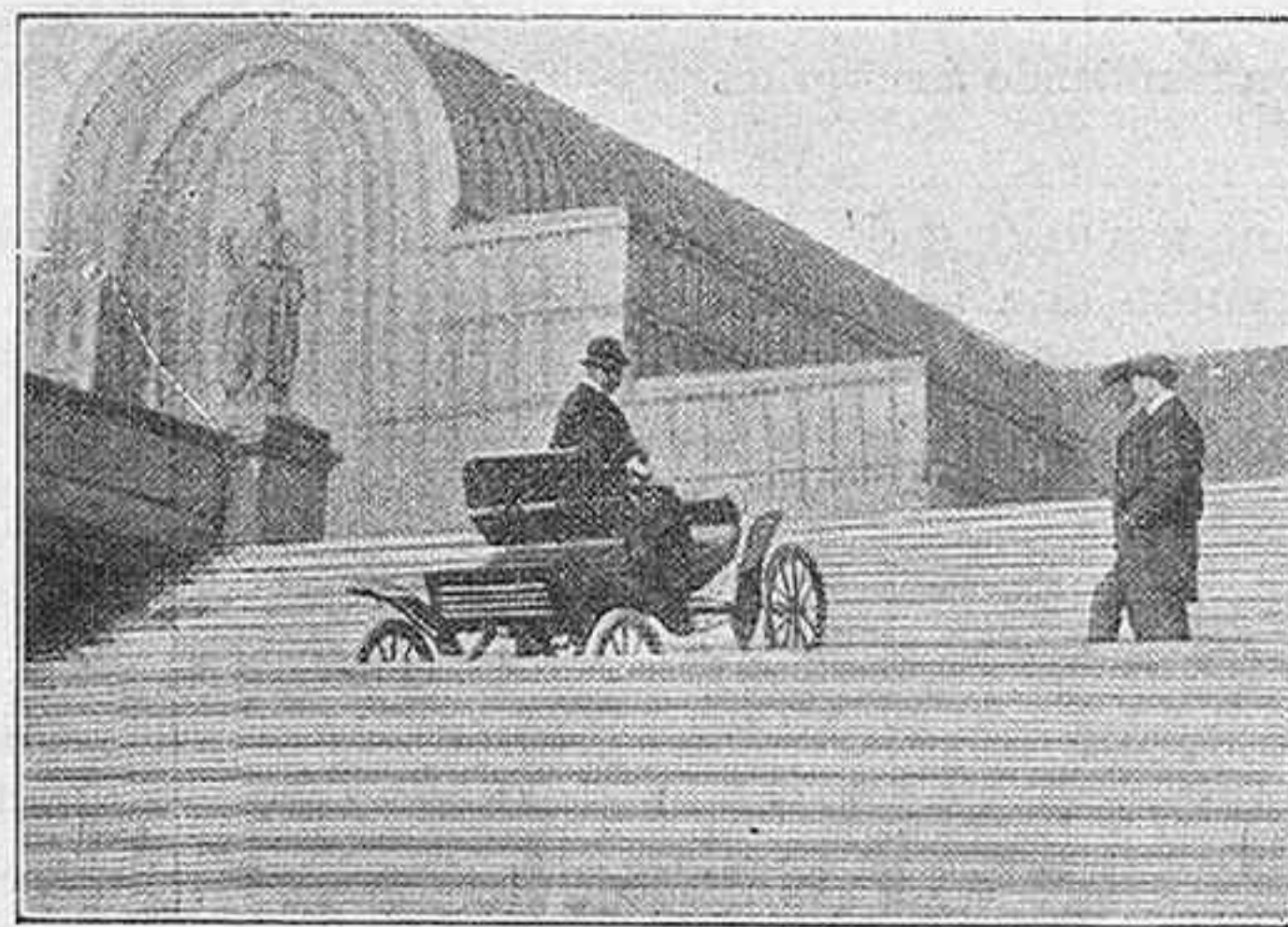
cidido adversario del automóvil, ya que el gran argumento de todo *chauffeur* en contra de medidas reguladoras de la velocidad estriba en la rapidez y absoluta confianza con que puede parar. La mayoría de los vehículos presentados salieron airosos de las pruebas, pero algunos marraron, y por pocos que fueran éstos, tal deficiencia es muy de lamentar, considerando la suma importancia del buen funcionamiento de los frenos y habiendo de suponerse que fuesen inspeccionados y ajustados debidamente por sus constructores antes de someterlos á la prueba.

Fueron también muy interesantes las pruebas que se hicieron en el mismo certamen en averiguación

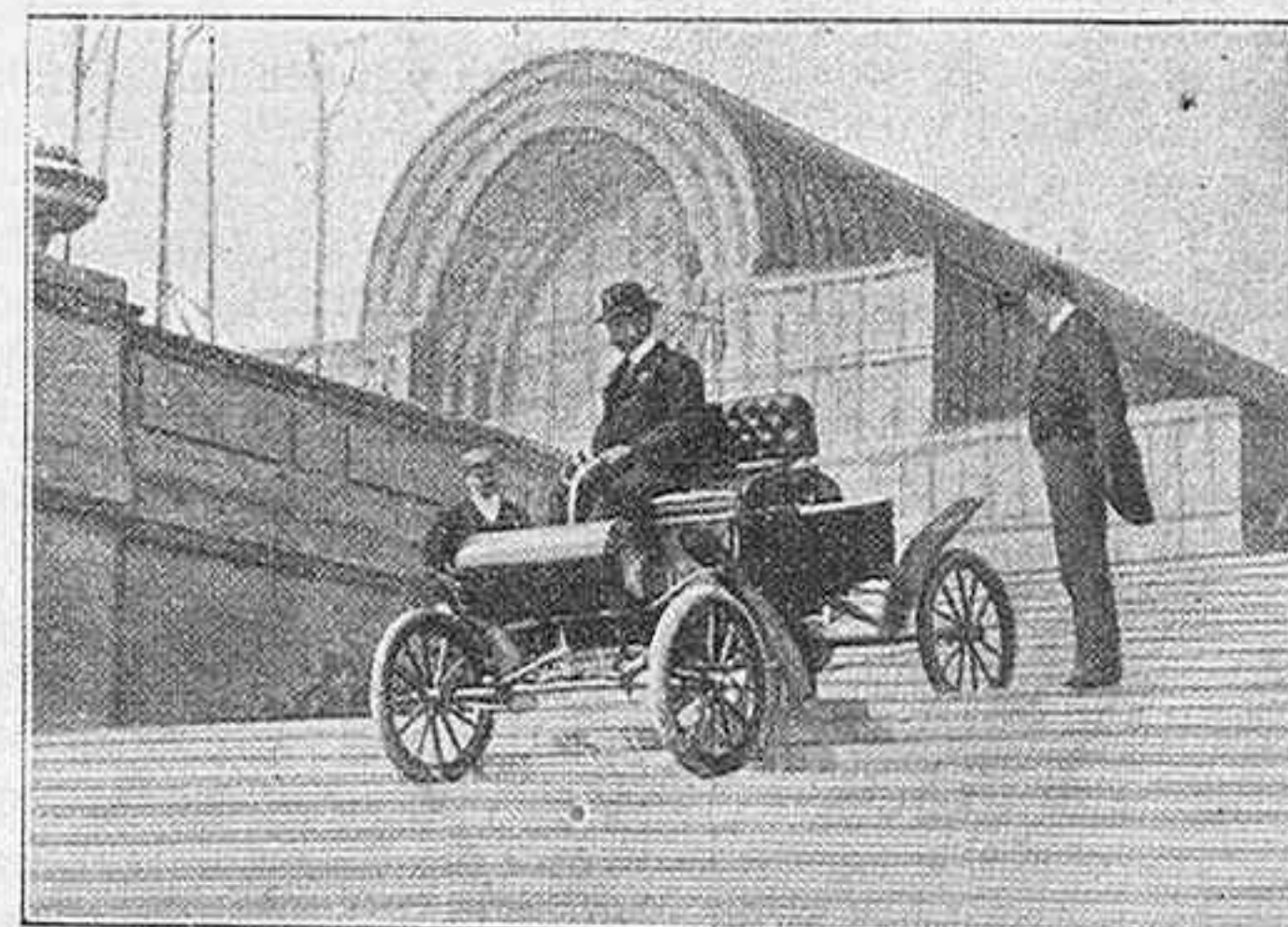


El capitán DEASY subiendo por el ferrocarril de cremallera de los «Rochers de Naye» (Suiza) en un automóvil Martini

de lo que más contribuye en los automóviles á levantar el «polvo» en las carreteras. Resultó, como era natural, que los mayores culpables en este caso son los neumáticos; pero pudo observarse también que los coches que llevan cajas por debajo de su trasera tienen mayor propensión á arremolinar el polvo que los que carecen de tales apéndices. En



MR. LETTS subiendo y bajando las escaleras del Palacio de Cristal de Londres en un automóvil Olds de cinco caballos



este sentido es muy de aplaudir la innovación introducida en los vehículos de construcción más reciente, disponiendo los tubos de descarga paralelamente al suelo y no, como antes, inclinados hacia abajo. Esperemos igualmente que los *chauffeurs* en general seguirán el ejemplo de los que ya se han desprendido de los guardarruedas de cuero que, colgando á uno y otro lado del coche, son también causa de los remolinos de polvo que envuelven aquél en su marcha.

Terminaremos esta sucinta reseña del último concurso automovilista en el *Crystal Palace* haciendo mención del «número sensacional» - que no sabemos si figuraría en el programa - con que Mr. Letts obsequió á los concurrentes subiendo y bajando con la mayor facilidad, montado en un Oldsmobile de cinco caballos de fuerza, las escalinatas que dan acceso á la inmensa terraza sobre la que asienta construcción tan grandiosa; y creyendo que será del agrado de nuestros lectores, reproducimos las fotografías de Russell and Sons que ilustran el hecho. Ya en el terreno de lo «sensacional», seríamos

injustos si no diésemos cuenta de otras dos proezas automovilistas de reciente fecha.

El honorable C. S. Kolls, para consolarse y rehabilitarse, sin duda, de su fracaso en el último concurso de Southport con su tremenda máquina Mor, ha creído que el mejor desquite sería «ganarse á sí mismo» el campeonato del *kilómetro relámpago*, que recabó brillantemente hace algunos meses, no empleando más que 27 segundos en ese recorrido en la pista de Clipstone (Welbeck), mientras que el *record* francés en Dourdan, hasta entonces el más rápido, era de 29 segundos; y logró su propósito, ya que el 12 del corriente mes de octubre repitió la hazaña en la misma pista de Clipstone, batiéndose «á sí mismo» por  $\frac{3}{5}$  de segundo, ó sea alcanzando una velocidad de 84'64 millas por hora, velocidad no conseguida hasta aquí, que sepamos, por ningún tren de ferrocarril á vapor y casi igual á la del tren eléctrico que últimamente se probó en Alemania. Triunfo tanto más señalado cuanto que la pista en Welbeck es bastante accidentada, con dos curvas muy cerradas y una pendiente al final, mientras que en Dourdan el terreno es llano y fácil. Quede, pues, sentado que el honorable C. S. Kolls es actualmente el campeón del «kilómetro relámpago», que acaba de recorrer en 26 y  $\frac{2}{5}$  segundos, y Dios no le deje de su mano si vuelve á «repetir», no sea que por ganarse «á sí mismo» otra vez, por algunas fracciones de segundo, el campeonato de tal kilómetro, se fraccione él mismo, lo que mucho sentiríamos, pero que tiene bastantes probabilidades, ya que en esa carrera «relámpago» la máquina se convierte en «exhalación», y por muy cuidada que esté la pista, los tropiezos son fáciles; por lo demás, á nada verdaderamente práctico en el adelanto y porvenir del automovilismo conducen tan arriesgados experimentos.

De categoría parecida es la otra hazaña de que ha sido héroe el capitán Deasy, emprendiendo la ascensión del ferrocarril de cremallera que conduce á los *Rochers de Naye*, más arriba de Montreux (Suiza) en un automóvil Martini de 14 caballos de fuerza. Las fotografías de Fransioli - de Montreux - que copiamos, dan una idea bastante exacta del *tour de force* de esta ascensión, por más que la cámara obscura pocas veces nos proporciona una representación verdadera de las grandes pendientes. La distancia que recorrió el capitán desde el punto de partida, el Palace Hotel de Caux, hasta lo más alto del citado ferrocarril, fué de tres y media millas; la pendiente media resulta de 16'8 por ciento, con poco menos de dos millas que marcan 22 por ciento de inclinación, lo que ya representaría un esfuerzo muy notable en una carretera regularmente acondicionada. Si consideramos además la resistencia y la poca seguridad que ofrecen al avance del coche las traviesas, más ó menos salientes, que tiene que cruzar aquél y la espesa capa de cascajo, sobre la que han de resbalar las ruedas, como también la tensión de nervios del *chauffeur* al verse á menudo con sólo una margen de pocas pulgadas, á lo sumo un pie, entre los neumáticos y el borde del precipicio de 1.000 pies de profundidad que tiene á uno de sus lados, decimos que teniendo en cuenta todos esos inconvenientes y peligros, hemos de convenir

en que es un *record* por demás fatigoso y arriesgado el que acaba de realizar el capitán Deasy, y que le sobra razón al revistero que lo ha calificado de «fenomenal.»

\* \*

**APARENTE COLISION DE TRANVÍAS**

Después de los diversos Looping-the-loop, círculo de la muerte, salto del abismo, etc., á propósito para hacer circular un estremecimiento de horror por la epidermis de los asistentes, se ha inventado ahora otro espectáculo más extraño todavía y dispuesto de manera que produzca, no sólo á los espectadores, sino también á los actores, la angustiosa sensación de una colisión entre dos tranvías lanzados á toda velocidad. En un puente metálico construído al efecto, se lanzan uno contra otro dos tranvías llenos de pasajeros; como no hay más que una vía y el vehículo contrario está siempre á la vista, las personas que han tomado asiento en los coches



sienten hasta el último momento la terrible impresión de un choque con aplastamiento completo. Afortunadamente, en el momento preciso en que va a producirse la catástrofe, uno de los vagones pasa

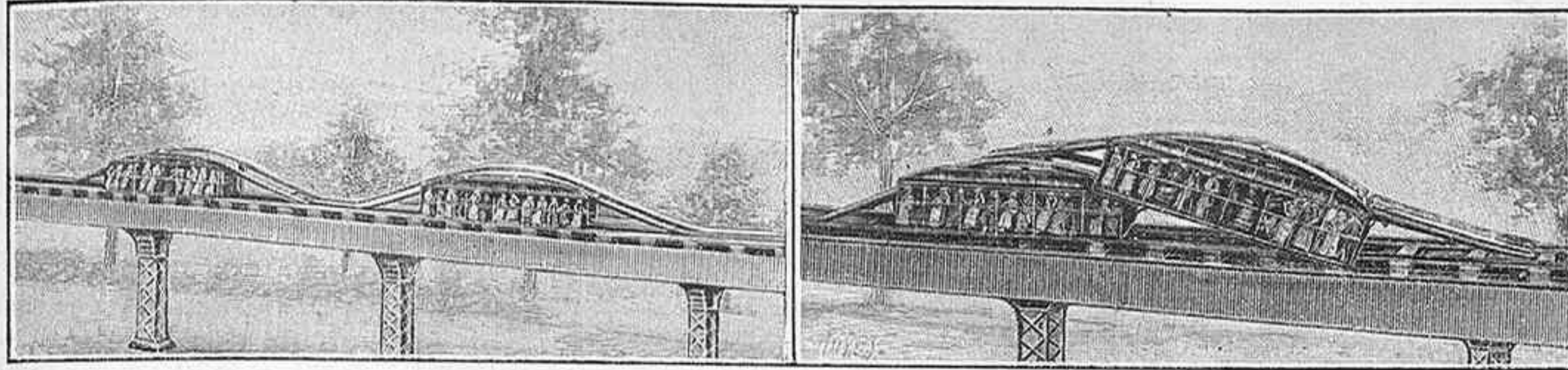
do y los amos del comercio. Un americano come por valor de 1'45 pesetas diarias, un inglés por 1'15, un alemán por 1'05, un francés por 0'95 y un italiano por 0'45. Pues bien: la importancia de las expor-

comercio. Conste que estas afirmaciones las hace el citado estadista, á quien dejamos la responsabilidad de sus asertos como también de sus omisiones.

Conque ya lo saben nuestros lectores, ¡nada de templanza! Quédense ésta para los dominados, los árabes, los chinos, los turcos y los indostanos. Además, en sentir del tal aficionado á estadísticas, el alcoholismo suaviza las costumbres, y en prueba de ello cita el pueblo holandés, en el que los borrachos abundan y sin embargo es el suyo el país en donde menos homicidios se cometen.



Los efectos de un rayo



APARENTE COLISIÓN DE TRANVÍAS. - Espectáculo inventado por M. P. K. Stern, de Nueva York

por encima del otro, lo mismo exactamente que un caballo que salta un obstáculo.

El mecanismo es sencillísimo, y el adjunto grabado permite formarse idea perfecta de él. Cada coche va provisto de una sólida armazón de hierro que forma cimbra encima de su techo y se prolonga por delante y por detrás de manera que sirva de guía al apoyarse sobre los rieles. El vehículo que ha de pasar por debajo del otro y que es siempre el mismo, tiene una armazón de la misma forma que el riel, sobre la cual pasa el otro coche fácilmente para saltar por encima. Cada tranvía lleva una velocidad media de 25 kilómetros por hora debida á una pendiente de 25 por ciento y á un motor eléctrico. Es, en resumen, una montaña rusa en la que, en vez de salvar una ondulación de la línea, se salta sobre un vehículo. El efecto, según parece, es de los más asombrosos, y los pasajeros no experimentan más que una ligera sacudida.

El inventor de este ingenioso aparato es M. P. K. Stern, de Nueva York. - F. DE Z.

\*\*

LOS ALIMENTOS Y EL PROGRESO

Los médicos, que, por otra parte, hablan principalmente por sus clientes, dicen que comemos demasiado; pero un estadista inglés afirma que los pueblos que más comen son los que dirigen el mun-

taciones sigue el mismo orden que la importancia de la suma dedicada á la alimentación: el pueblo que más come es el que más exporta. Pero no basta comer mucho para ser «nación dominante,» sino que es precisa cierta selección en los alimentos. Los dominantes comen trigo; los dominados comen arroz, de modo que hay que desconfiar de éste. Se dirá que el Japón se ha elevado á la categoría de «dominante;» pero es porque al arroz ha añadido la carne. ¿Y los vegetarianos?, se preguntará: los vegetarianos son buenos para hacer de ellos esclavos, dominados. El italiano es muy vegetariano, al paso que el australiano es muy carnívoro, y esto explica, en sentir del mencionado estadista, la superioridad del segundo sobre el primero.

Es menester comer carne, mucha carne, y esto es lo que hacen los americanos y lo que les ha permitido ir á los alcances de los ingleses. Y los rusos habrán de darse prisa por comer más carne si quieren prosperar.

Mas no basta esto, sino que es necesario también beber, porque las razas sobrias en la bebida son razas dominadas, al paso que las dominantes son todas alcohólicas en grados variables. Y las razas alcohólicas son las que lo han hecho todo en el mundo: los judíos bebían y nos dieron el monoteísmo; los griegos bebían también y crearon el arte y la literatura; asimismo bebían los teutones y nos dieron la libertad; bebían los romanos y nos dieron la legislación; bebían los ingleses y establecieron el

EFFECTOS DE UN RAYO

Conócense una porción de casos curiosos de efectos de un rayo: cítanse ejemplos de personas á quienes un rayo dejó completamente desnudas y que, sin embargo, después de un ligero desmayo, recobraron los sentidos; de otras á las cuales un rayo quitó los zapatos, que fueron encontrados á una distancia de más de cincuenta metros, ó fundió el monedero que llevaban en el bolsillo sin que experimentaran más que una ligera conmoción. Y podrían citarse muchísimos más. Entre los más raros merece figurar el que el adjunto grabado reproduce. Un habitante de Rand (Estados Unidos) iba de caza con su hijo, cuando uno y otro fueron heridos por un rayo. El padre quedó con todas las ropas destrozadas y sin zapatos y perdió el sentido, habiendo sido necesarios asiduos cuidados durante dos horas para hacerle volver en sí. Toda la superficie del cuerpo estaba quemada y además los tímpanos de las orejas habían sido perforados. Su hijo salió del trance con una parálisis pasajera de una mitad del cuerpo. Las armas que ambos llevaban fueron tal vez causa de este extraño accidente. - R.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
**SOBERANO contra ASMA**  
 CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
 30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.  
 PARIS, 192, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**HARINA LACTEADA NESTLE**  
 Alimento completo para **NIÑOS y ANCIANOS.**  
 Contiene la Leche pura de Suiza.

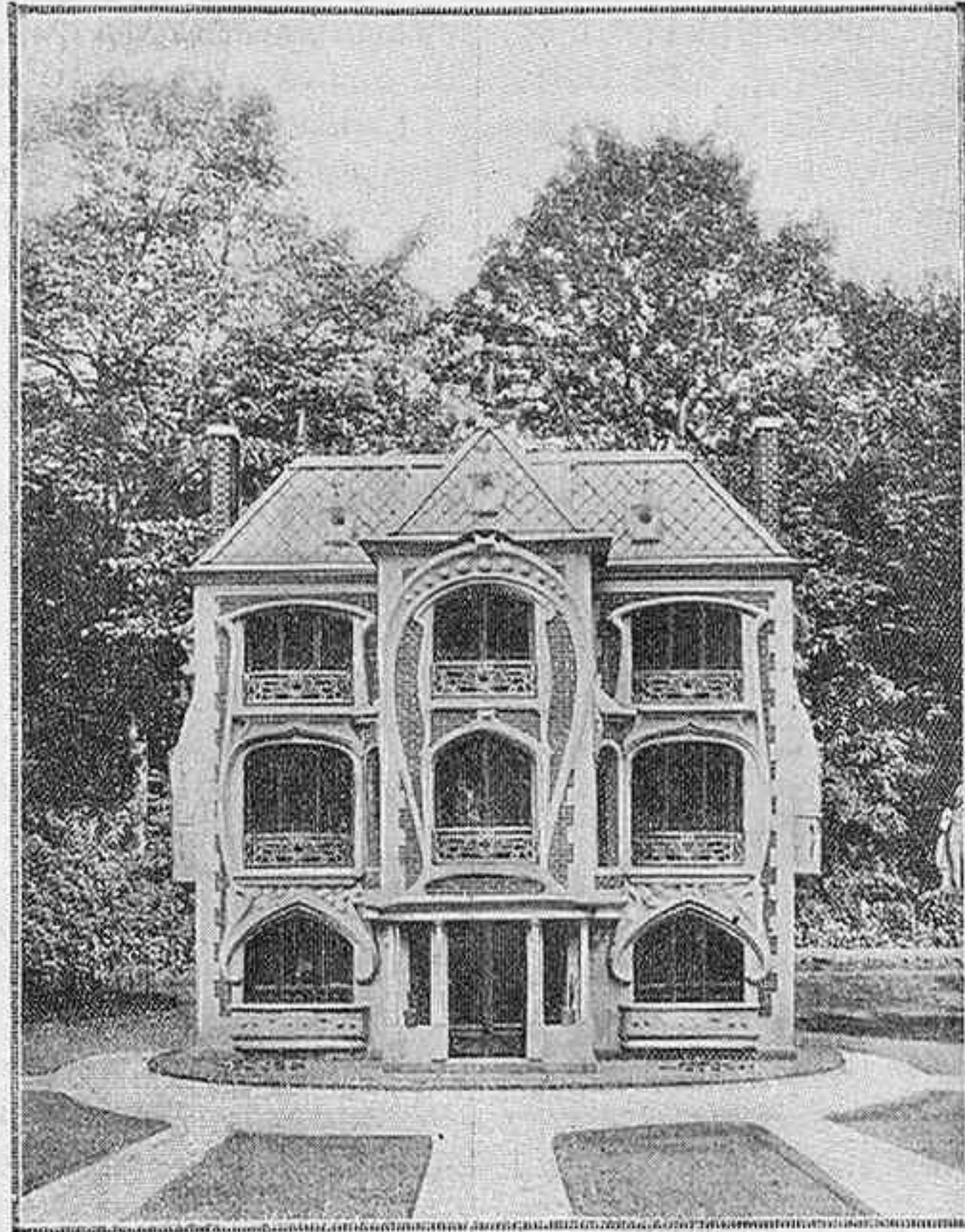
**AGUA LÉCHELLE HEMOSTÁTICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



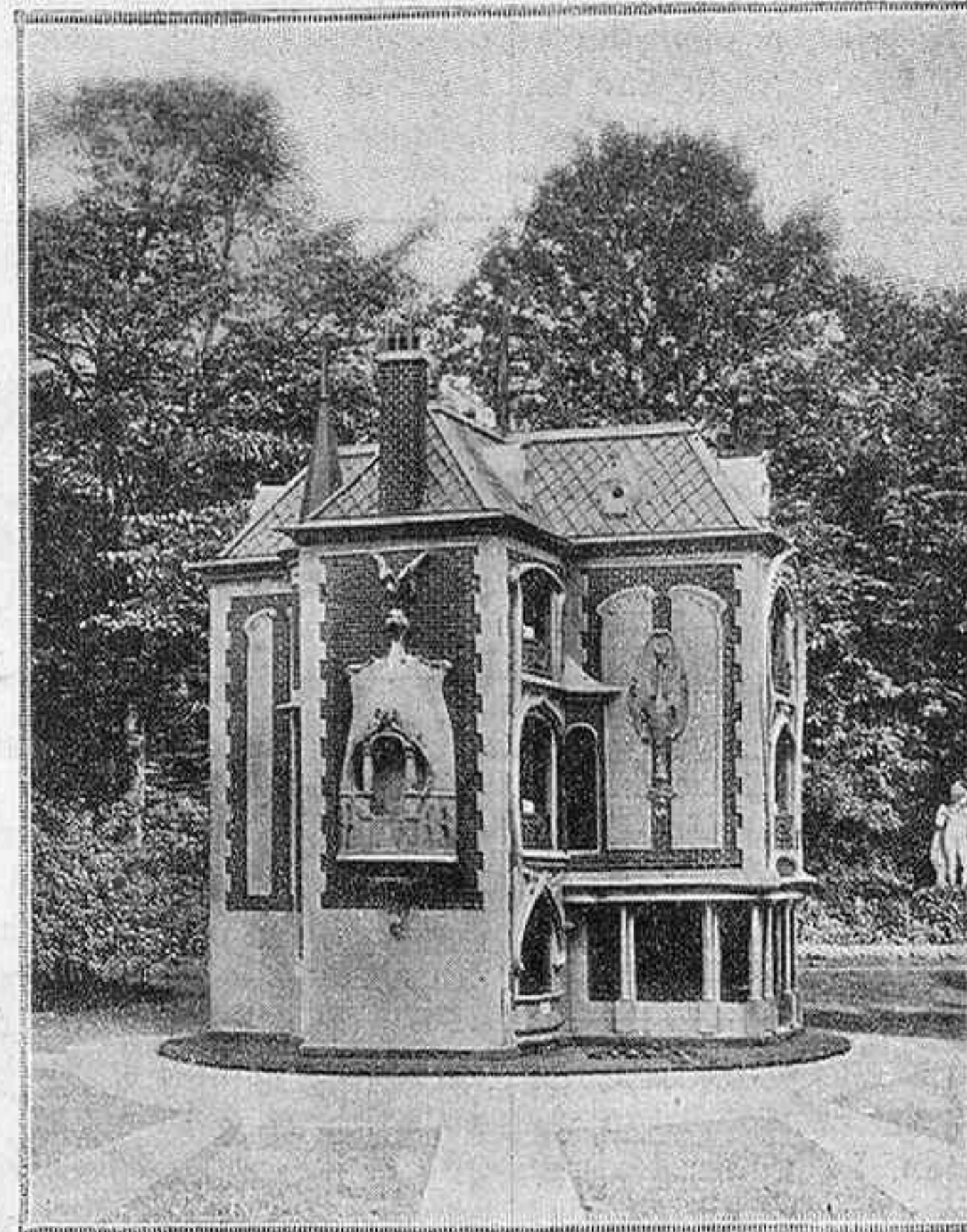
CASA GIRATORIA

Aquella casa del andaluz del cuento con cuatro fachadas al Mediodía, que se citaba como muestra de lo que en punto á exageraciones y mentiras son capaces los descendientes y continuadores de Manolito Gázquez, ha dejado de pertenecer al género de irrealizables ensueños para convertirse en realidad. Y lo más notable del caso es que la resolución de este problema, al parecer imposible, ha resultado tan sencilla como la del problema del famoso huevo de Colón.

Un arquitecto de París, M. Eugenio Petit, ha sido quien ha dado en el clavo para que un edificio pueda disfrutar en todas sus fachadas de los benéficos rayos del Mediodía, á cualquiera hora en que se desee. Se trata, por consiguiente, de una verdadera casa girasol que, como la flor de este nombre, se mueve en la misma dirección en que el sol camina, como dice nuestra Academia de la Lengua, ó dicho con más propiedad, puesto que el sol permanece quieto, en dirección con-



CASA GIRATORIA. - Vista tomada por la mañana



CASA GIRATORIA. - Vista tomada por la tarde

traría á la en que se mueve la tierra. Y para lograr este resultado no ha hecho otra cosa que utilizar el principio de las placas giratorias en la construcción de las casas.

El edificio en cuestión está construído sobre una

plataforma que se mueve sobre un eje central, por encima del cual gira el edificio, permite la introducción del agua, del gas y de la electricidad y también la salida de las aguas sucias.

Los adjuntos grabados representan la misma casa tomada desde el mismo sitio por la mañana y por la tarde. - X.

de estas placas que, girando sobre ruedecitas, lleva un riel que puede correr sobre discos cuyo eje descansa sobre un sustentáculo fijo. Un espigón central, por encima del cual gira el edificio, permite la introducción del agua, del gas y de la electricidad y también la salida de las aguas sucias.

Para mover la casa y la plataforma basta el esfuerzo de dos hombres, y los gastos suplementarios no exceden, según parece, del 10 por 100 del presupuesto ordinario de construcción.

En los presentes tiempos en que la helioterapia cuenta cada día con más adeptos, esta creación es curiosa é interesante, y de ella ha sido la medicina la primera en aprovecharse para permitir á las personas amantes del sol y á los enfermos que de éste ne-

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES. PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APOIOL** DE LOS  
**JORET-HOMOLLE**  
 CURA  
 LOS DOLORS, RETARDOS,  
 SUPRESIONES DE LOS  
 MENSTRUOS  
 T<sup>ra</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S<sup>rs</sup> PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES**  
 del  
**ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Co  
 21 St-Denis 16

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. - Todas Farmacias.

**INFLUENZA** **RACHITIS**  
**ANEMIA** **CLOROSIS**  
**VINO**  
**AROUD**  
 CARNE - QUINA - HIERRO  
 El más poderoso Regenerador.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.  
**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.  
**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**COLORES PÁLIDOS**  
**AGOTAMIENTO**  
**GRAJEAS Y ELIXIR**  
**RABUTEAU**  
 El mejor y más económico  
**Ferruginoso.**  
 CLIN Y COMAR, PARIS. - En todas las Farmacias. 654

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**  
 Curadas por el Verdadero  
**HIERRO QUEVENNE**  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
 Exigir la Firma WLINSI.  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, Rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN